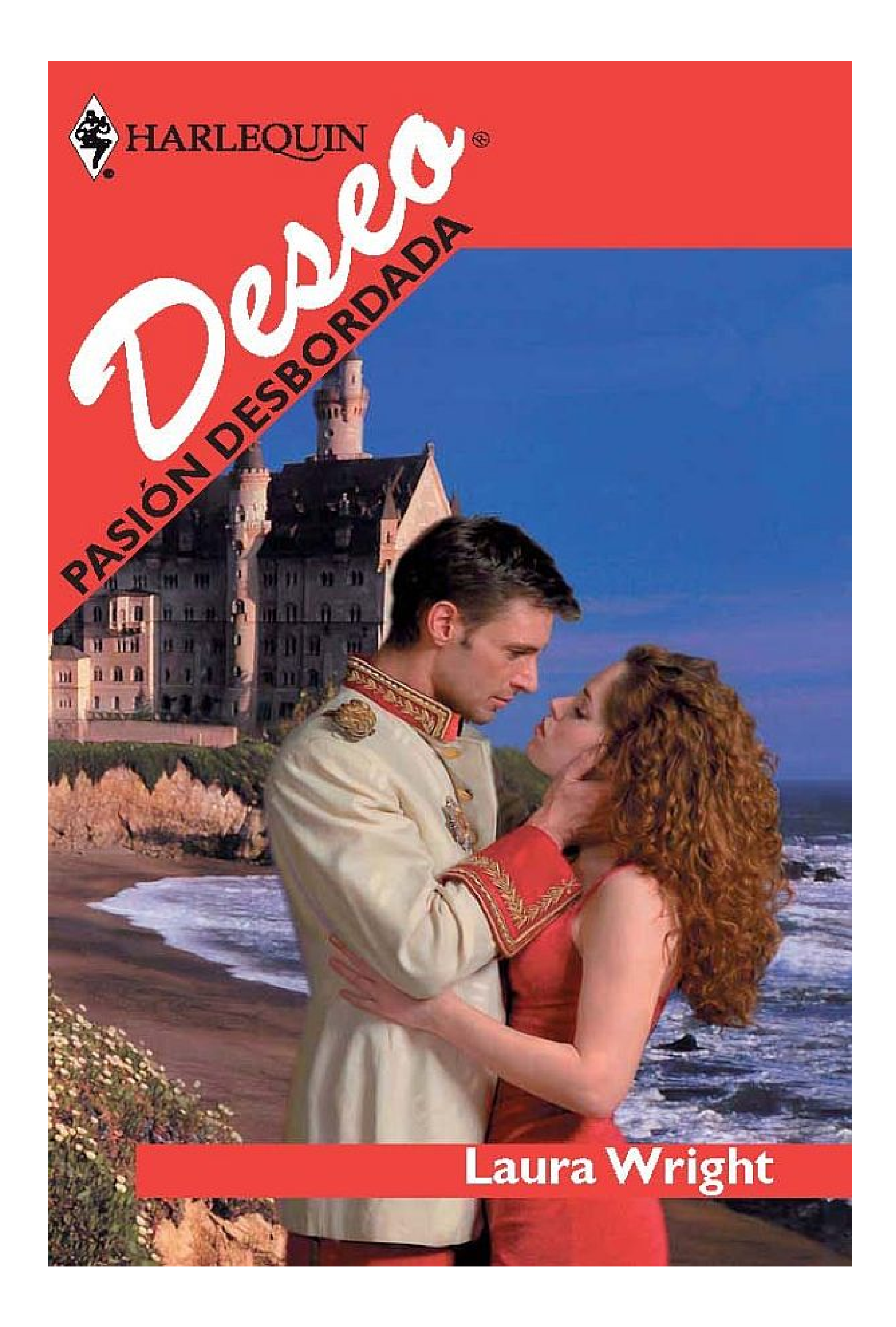

HARLEQUIN
Deseo
PASIÓN DESBORDADA
Laura Wright

Había prometido no volver a dejar que una mujer mandara en su corazón.

El príncipe Alexander Thorne tuvo que replantearse su vida cuando rescató a una atractiva pelirroja y se rindió a la pasión que surgió entre ellos de inmediato. Todo parecía indicar que la bella Sophia Dunhill daría a luz a su heredero, por lo que Alexander estaba obligado a mantenerla muy cerca de él.

Sophia apreciaba mucho su libertad, y no tenía la menor intención de quedarse en aquel pequeño país por mucho tiempo. Los besos apasionados y las noches ardientes no eran suficiente para ella. ¿Podría con su amor hacer que un hombre obsesionado con la obligación se dejara llevar por la pasión?



Laura Wright

Pasión desbordada

Deseo - 1305

(Reino de Llandaron - 3)

ePub r1.0

LDS 26.12.16

Título original: *Ruling passions*
Laura Wright, 2003
Traducción: Olga Cadenas Delgado
Publicado originalmente: Mills and Boon Desire 2-in-1 (MD2) - 111 / Silhouette Desire (SD) - 1536
Protagonistas: Alexander Thorne y Sophia Dunhill
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Prólogo

El mar formó la cadera de una mujer al elevarse en una ola, curvada y rosácea a la luz del atardecer, pero el Príncipe Alexander William Charles Octavos Thorne ya no frecuentaba a ninguna mujer, ni real ni imaginaria.

Los pulmones se le llenaron de aire salado, se apoyó en una roca y observó cómo la espuma marina rompía en la playa y llegaba hasta sus pies.

No se movió a pesar de que el agua estaba gélida.

Entendía la infinita necesidad del mar de consumir, de apoderarse de las cosas, de hacer sufrir. El llevaba cinco largos años sintiendo ser así. Hasta aquel día…

Hacía tres horas que se había enterado de que su mujer se había ido, lo había abandonado por otro hombre.

Lo cierto era que sentía alivio.

Alivio y furia era lo que le hacía sentir aquella mujer que lo había odiado desde el momento en el que se habían casado, una mujer que se había comportado como un iceberg a pesar de los esfuerzos de Alexander por ocuparse de ella, una mujer que no había querido hijos, ni cariño, ni amistad.

Alexander se quitó la camisa y dejó que la brisa marina reconociera su pecho.

Había cumplido su palabra y se había casado con una mujer a la que apenas conocía. Aun así, le había sido leal incluso cuando ella le había asegurado a su padre y a la corte que estaban intentando concebir un hijo cuando era mentira y había hecho ver que seguían

viviendo juntos a pesar de que no era cierto desde hacía dos años.

Sin embargo, a partir de ese día, la lealtad, el honor y el amor de Alexander sólo iban a tener un destinatario: Llandaron.

Alex debía pensar en su país. Si el mundo se enterara de la verdadera situación, el corazón de sus súbditos podría quedar destrozado para siempre.

Debía fingir.

Tenía que actuar con cautela. Estaba dispuesto a invertir el dinero que fuera necesario para que aquel asunto no saliera a la luz.

Tenía, una cumbre con el emperador de Japón la semana siguiente y no tendría más remedio que excusar a su mujer. Aprovechando su estancia en el país nipón, había decidido hablar con un viejo amigo en el que confiaba plenamente y que era abogado especialista en divorcios en Londres.

Entonces, ya podría volver a Llandaron y confesar a su padre que había fracasado.

Alex apretó los dientes hasta que le dolió. Odiaba el fracaso y más odiaba todavía tener que admitirlo.

Se prometió a sí mismo que jamás ninguna mujer volvería a gobernarlo.

Lo cierto era que a partir de ese día, sus posibilidades de reinar habían disminuido. Siempre se había asumido que sería el nuevo rey, pero ante el cambio de la situación se podría favorecer a Maxim, su hermano pequeño, ya que él tenía esposa y heredero, algo primordial para el reino.

Alex sintió un tremendo dolor en el corazón. Abrió la boca y dejó escapar cinco años de horrible dolor. Sus gritos encontraron eco en el mar, que gritaba también. Aquello hizo que Alex se callara y mirara a su alrededor.

Cuando vio una embarcación balanceándose entre las olas del mar, sus pensamientos cesaron. Durante un instante, antes de que el barco desapareciera, vio a una mujer tirándose al agua. Parecía una de las sirenas con las que él había soñado durante toda su infancia, una mujer voluptuosa y pelirroja.

Lo estaba mirando, parecía que lo estaba mirando directamente a él y aquello le causó a Alex una sensación extraña ya que era imposible verle los ojos. Lo que sí sintió fue la combinación de sensaciones que emanaban de ella: aire, agua y fuego.

Alex sintió que la entrepierna se le endurecía.

En aquel momento, una impresionante ola rompió a escasos milímetros de él y le empapó la cara, la boca y los ojos. Alex se pasó una mano por el rostro y volvió a mirar.

Tanto el barco como la sirena habían desaparecido.

Un deseo de lo más primitivo corría por sus venas, pero Alex lo apartó de su cabeza. No era la primera vez que lo sentía, aunque sí tan fuerte, pero estaba decidido a luchar contra él de todas maneras.

Ninguna mujer iba a gobernarlo.

Alex apretó los dientes y se metió en el agua gélida, decidido a recordarle a su anatomía quién era el amo.

Capítulo 1

Llandaron.
Cuatro meses después.

La niebla cubrió la balandra como una peligrosa cortina mientras el agua del mar se iba colando en el casco de la embarcación.

Sophia Dunhill se maldijo a sí misma por haberse olvidado de dar su posición. ¿Cómo había sido tan estúpida?

Tal vez, porque al ver la maravillosa tierra natal de su abuelo, todos sus conocimientos de navegación se habían esfumado de su cabeza.

Estaba sentada en cubierta con los últimos rayos del atardecer calentándole la espalda, mirando a la pequeña isla situada en las costas de Cornualles. Llandaron la dejó sin aliento. Sus montañas y sus preciosos bosques, las piedras teñidas de púrpura mezcladas con la arena de la playa.

Hacía un tiempo maravilloso. El cielo estaba azul y el mar en calma. De repente, todo cambió. Una espesa niebla surgió de la nada y a Sophia apenas le dio tiempo de pensar. En pocos segundos, el Daydream embarrancó contra la costa.

¿Cómo era posible? Llevaba navegando diez años y nunca le había pasado nada igual.

Sophia sintió pánico mientras avanzaba por la cubierta diciéndose que no podía perder el barco por su estupidez y un montón de piedras.

Era lo único que le quedaba de su abuelo. La preciosa balandra

era su herencia, su sueño y lo único que habían compartido. Debía mantenerlo a flote.

Al fin y al cabo, todavía tenía que cumplir con el último deseo de su abuelo: llevar su barco al pequeño puerto pesquero de Baratin.

Una vez cumplido aquello, podría volver a su apartamento vacío de San Diego y al bloqueo que se había apoderado de su mente de escritora desde la muerte de su abuelo.

Baratin no estaba lejos. El pequeño puerto pesquero estaba al otro lado de Llandaron y Sophia estaba decidida a llegar allí como fuera.

Con manos firmes, agarró una vela de sobra y la puso a lo largo de la cubierta para tapar el agujero, pero el agua entraba con demasiada fuerza. Aquel refuerzo no iba a aguantar demasiado, sobre todo porque el barco no dejaba de golpear las rocas.

El pánico hizo que se le pasara por la cabeza algo que se apresuró a apartar de su mente.

Abandonar el barco.

Para un marinero, abandonar el barco era como abandonar a un niño. Era algo que, simplemente, no se hacía.

En aquel momento, el agua del mar entró por la cubierta como un géiser y el barco gimió de dolor.

Debía abandonar a su hijo.

Sophia sintió que el corazón se le encogía, pero no tenía opción.

Agarró su bolsa y se dirigió a la proa. Una vez allí, no pudo evitar preguntarse si era una cobarde que elegía el camino fácil.

Durante un segundo, recordó el entierro de sus padres y la decisión que había tomado aquel día de, en contra de su decisión, irse a vivir con su abuelo y no con tía Helen. Tras años de vivir con dos personas tan dominantes como sus padres, Sophia necesitaba desesperadamente libertad.

Lo hizo por instinto y resultó que conocer a su abuelo había sido una de las mejores decisiones de su vida.

El instinto era lo único de lo que podía fiarse en aquellos momentos y le estaba gritando a voces que saltara.

Sophia miró la brújula para decidir en qué dirección debía nadar, cerró los ojos, tomó aire y escuchó las olas tal y como le había enseñado su abuelo.

Se abrochó con fuerza el chaleco salvavidas y se tiró al agua.

Alex había albergado la esperanza de que lo dejaran en paz.

Por lo menos, durante un tiempo.

Desde la terraza de su casa de la playa, se arrellanó en su butaca, dio un trago a la cerveza y disfrutó de la niebla que lo envolvía. La mítica niebla de Llandaron sólo duraba una hora, pero era un tiempo mágico… sin preguntas, sin respuestas, puro éxtasis…

Había vuelto de Londres hacía cinco días y no se había encontrado más que con preguntas que demandaban respuestas. Como siempre, las había dado de manera sucinta y en absoluto emocional.

Su familia no necesitaba los detalles, les bastaba saber que su matrimonio había fracasado, se había divorciado y había vuelto a casa para retomar sus responsabilidades y enfrentarse a su destino.

Dada su naturaleza brusca, Alex había creído que le sería fácil dar aquella noticia, pero no había sido así porque en lo más profundo de sí mismo se sentía avergonzado.

Su hermano Maxim y su hermana Catherine le habían ofrecido su apoyo y su amor mientras su padre se había limitado escuchar con expresión preocupada emitiendo suspiros y algún asentimiento ocasional.

Alex no culpaba a su padre por aquella reacción. De hecho, la entendía. El también estaba preocupado por la reacción de los habitantes de Llandaron cuando se les comunicara en el picnic anual que se iba a celebrar el sábado la noticia del divorcio del heredero al trono.

Aquellas personas habían esperado año tras año a que se les dijera que, por fin, la pareja había tenido un hijo, pero esa noticia nunca se había producido ni se iba a producir.

¿Lo podrían perdonar o le pedirían que cediera sus derechos dinásticos a Maxim?

Alex dio otro trago a la cerveza y se quedó mirando el mar cubierto de niebla, tal y como hacía siempre que necesitaba consuelo. Lo cierto era que amaba a su pueblo más que a su propia vida y estaba dispuesto a acatar sus deseos, fueran cuales fueran…

De repente, Alex se tensó y se puso en pie. Con el ceño fruncido, ladeó la cabeza y escuchó.

Un sonido, un grito. Venía del agua, apenas era audible, pero sonaba desesperado. Alex sintió que la sangre se le helaba en las venas.

Sin pensárselo dos veces, bajó los escalones que conducían a la arena y corrió hacia la orilla.

La niebla se podía cortar con cuchillo, pero él conocía aquella playa con los ojos cerrados.

* * *

Otra vez. Era una voz de mujer. Un grito desesperado.

Alex se apresuró a meterse en el agua y a nadar en la dirección de la que venía el grito. Miró a derecha y a izquierda. Tardó cinco segundos en localizar a la persona que estaba gritando. Se trataba de una mujer pelirroja, de grandes ojos verdes y piel pálida. Luchaba por no ahogarse porque el chaleco salvavidas se le había enganchado en las rocas.

Sus gritos eran cada vez más tenues. Obviamente, estaba cansada. Mientras nadaba a toda velocidad hacia ella, Alex sentía cómo la sangre se le agolpaba en las sienes. En cuanto llegó a su lado, no se molestó en hablar. Se apresuró a desenganchar el chaleco salvavidas de las rocas y a tomar a la chica en brazos.

Cuando iba hacia la orilla, una de sus piernas quedó atrapada entre las algas, que se apoderaron de su piel como un pulpo hambriento y tiraron de él hacia abajo.

Alex tuvo que soltar a la chica y durante un momento, mientras un remolino de agua se lo tragaba, sintió que el aire no le llegaba a los pulmones. Entonces, sintió pánico y el pulso se le aceleró mientras imaginaba que iba a morir.

De pronto, sintió que el pie quedaba libre, miró hacia abajo y vio a la mujer cortando las algas. Inmediatamente, Alex salió a la superficie en busca de aire.

Tosió y escupió y, cuando creía que la fatiga lo iba a ganar, sintió un brazo en el pecho que lo agarraba y tiraba de él.

Alex sentía bajo su cuerpo el movimiento de las olas mientras la mujer lo conducía hacia la orilla.

Aunque le dolían los pulmones, Alex no tardó en recuperar la

respiración y el pulso normal. Para cuando llegó a la orilla, podía andar, pero al sentir la arena bajo sus pies se tumbó y descansó.

—Espero que no te pase nada, Lancelot —dijo la mujer con la respiración entrecortada.

Alex tardó unos treinta segundos en contestar a aquella mujer de acento estadounidense.

—¿Lancelot?

—Sí, el caballero que salvó a la damisela en apuros.

—Ya —murmuró Alex pasándose la mano por la cara—. El caballero que corrió a rescatar a la damisela en apuros y consiguió que el pie se le quedara enganchado en las algas.

—Algas, estribos, ¿qué más da? —dijo ella poniéndole la mano en el hombro—. ¿Estás bien?

—Sobreviviré —contestó Alex abriendo los ojos—. Si yo soy Lancelot, tú eres…

Las palabras no salieron de su boca. Cubierta por un halo de espesa niebla, a pocos milímetros de su rostro, había una mujer de una belleza tan impresionante que Alex estuvo a punto de perderse en ella.

Tenía unos ojos del color del mar, verdes azulados, y una cabellera roja de kilómetros y kilómetros.

Alex sintió que el cuerpo se le tensaba. Era ella. Lo sintió en lo más profundo de su ser… aquella necesidad, aquella conexión. ¿Cómo era posible? La sirena de hacía cuatro meses.

—Yo soy una idiota —dijo ella con brusquedad—. Más bien, me parece que somos los dos unos idiotas.

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión?

—Primero, voy yo y me quedo atrapada en la rocas y, luego, llegas tú y te quedas atrapado en las algas —contestó la pelirroja pasándose la lengua por los labios.

Alex se preguntó si aquella mujer lo besaría con ardor, como él quería besarla a ella, si lo intentara.

—A mí eso no me parece de idiotas.

—¿No? ¿Qué te parece, entonces? —Intervención divina. Puede que ambos estuviéramos esperando a que algo nos apresara. Por lo visto, la niebla no le permitía pensar con claridad. Alex no tenía ni idea de por qué había dicho aquello, pero ya era demasiado tarde para retractarse.

La mujer se quedó mirándolo intensamente. —Yo no busco que me apresen, sino todo lo contrario. Quiero ser libre.

—A veces, parece lo mismo. —Es cierto. ¿Por qué será?

Alex no tenía la respuesta, pero a ella tampoco parecía importarle. Se inclinó sobre él, le pasó los brazos por el cuello, lo miró con deseo y lo besó.

Alex agradeció el peso de su cuerpo, la voluptuosidad de sus pechos y sus labios.

Con la niebla como refugio, aquella mujer le estaba haciendo algo increíblemente erótico, lo estaba haciendo sentir como jamás antes se había sentido. Sus ojos, la manera de mirarlo… lo habían embrujado, Alex se sentía en trance…

Boca con boca, cuerpo con cuerpo, ambos escondidos entre la niebla. El paraíso.

La libertad de verse apresado.

Alex sintió que el pulso se le aceleraba. Aquello tenía que ser un sueño. ¿O tal vez una pesadilla? Tal vez, sí, una pesadilla. Una pesadilla en la que había perdido aquel control del que siempre presumía.

Entonces, el instinto animal hizo acto de presencia. En pocos segundos, se había colocado sobre ella. La vio sonreír y se preguntó si estaría loca. ¿Acaso importaba?

El deseo que había invadido su cuerpo le era extraño o, tal vez, lo había estado controlando durante demasiado tiempo…

Alex no pudo evitar gemir de placer cuando sus labios se volvieron a encontrar. Aquella mujer tenía una boca caliente y una lengua dulce. Alex sentía sus dedos entrelazados entre el pelo.

No podía pensar. Tampoco quería hacerlo.

—¿Qué estamos haciendo? —murmuró contra sus labios.

La sirena le mordisqueó el labio inferior de manera erótica y negó con la cabeza.

—No tengo ni idea, pero me encanta.

—A mí también.

A Alex se le volvió a quedar la cabeza en blanco cuando ella lo siguió besando de manera rápida y desesperada, urgiéndolo a seguirla. La locura se apoderó de él y sus besos se tornaron apasionados.

La mujer ladeó la cabeza y apretó sus caderas contra el bulto

que sobresalía en los vaqueros de Alex. El, en un intento por recobrar el control, se apartó de ella un milímetro y la miró a los ojos.

En ellos no encontró más que deseo y urgencia. La mujer gritó frustrada y Alex la silenció de la única manera que podía hacerlo en aquellos momentos.

A su alrededor, el mar rompía contra la orilla.

A su alrededor, la niebla.

Con movimiento salvajes, la mujer le quitó la camiseta y le desabrochó los vaqueros. A Alex no le dio tiempo ni de pensar y ya tenía los pantalones en los tobillos.

Con el corazón latiéndole aceleradamente, le quitó el bañador y acarició sus pechos voluptuosos y jugueteó con sus pezones. La mujer gritó excitada y se frotó contra su erección. Alex se dio cuenta de que estaba al borde del orgasmo, completamente liberada y dispuesta a tomar lo que quería.

Alex siguió jugueteando con sus pezones mientras ella mantenía aquel ritmo contra su erección. Alex comenzó a moverse con ella y, de repente, la mujer gritó y se apretó contra él.

Alex, completamente excitado, la tumbó en la arena boca arriba. Le había quitado el bañador y ante sí veía unas piernas abiertas junto al mar. Con la respiración entrecortada y los ojos hambrientos, la mujer lo envolvió con sus gloriosas piernas.

Alex la miró fijamente.

—¿Es esto lo que quieres?

—Sí —susurró ella.

Sin más palabras ni pensamientos, Alex se introdujo en su cuerpo. Al hacerlo, jadeó de placer.

—Eres una maravilla —comentó.

—Te advierto que no soy ningún angelito —contestó ella moviendo las caderas en una danza frenética.

Alex creyó que se volvía loco. Se enfadó consigo mismo por no ser capaz de aguantar más, pues no quería que aquello terminara, pero su cuerpo estaba débil después de tantos años de carencia.

Alex sentía el sudor resbalándole por la frente mientras se movía en el interior de su cuerpo. Sentía las manos de Sophia por todas partes; la espalda, en las nalgas, en los hombros. De pronto, Sophia se tensó y relajó las piernas y Alex supo que estaba al borde del

clímax. La sensación era tan dulce que creyó que iba perder la cabeza, pero lo que perdió fue el control.

Mientras Sophia se estremecía, Alex se dejó ir y ambos explotaron al unísono.

Mientras el calor del cuerpo de Sophia desaparecía, lo hizo también la niebla. Durante un minuto, rezó en silencio para desaparecer con ella, para estar a salvo de la realidad.

El hombre que tenía a su lado se giró. No, desde luego, no era un ángel. Escondió la cara en el cuello de su amante y se preguntó cómo demonios había dejado que sucediera aquello. Desde luego, Sophia sabía disfrutar de la vida, pero acostarse con un perfecto desconocido no era propio de ella.

Y, aun así, quería más.

Quería seguir tumbada desnuda junto al hombre más guapo que había visto en su vida, quería seguir sintiendo aquella sensación tan fantástica que acababa con su soledad y su incertidumbre.

Quería sentirse como una mujer deseada.

Estaba a punto de cumplir veintiséis años y sólo había tenido un amante, bastante malo, en toda su vida. Lo cierto era que siempre había fantaseado con un momento como aquél, pero jamás había imaginado que se haría realidad.

Ahora que se había producido, abrió los ojos para enfrentarse a la realidad y se dio cuenta de que no era tan fácil como había imaginado.

Los pensamientos de Sophia se disiparon cuando el hombre que tenía a su lado se incorporó y se sentó. Tenía la mandíbula apretada y sus ojos violetas como el brezo la miraban llenos de consternación.

Sophia percibió que el corazón le daba un vuelco y se sintió más desnuda de lo que estaba. ¿Por qué la miraba así? ¿Por como había actuado él o por como había actuado ella?

Sonrojándose, se puso el bañador e intentó hablar de manera natural.

—Supongo que no me creerás si te digo que es la primera vez que hago algo así —comentó.

—Te pido perdón —dijo él muy serio.

—No tienes por qué hacerlo…

—Por supuesto que sí —dijo Alex pasándose los dedos por el

pelo—. Te estabas ahogando… —Exactamente igual que tú.—… y yo…

—Y nosotros —lo corrigió Sophia.

Al ex se quedó callado y la miró fijamente. —¿Quién eres?

«¿Una loca?», se preguntó Sophia. Desde luego, una mujer sin vergüenza y sin nada que ocultar, una mujer desesperada por vivir que había perdido la cabeza… por un momento.

—Tal vez, sea mejor que no sepamos quiénes somos.

—Imposible —contestó Alex.

—No, no es tan difícil. Basta con no preguntar.

«Basta con que me des cinco minutos para que desaparezca», pensó Sophia.

—Me temo que aquí eso no se puede hacer.

—¿Por qué no?

Alex se levantó, se puso los vaqueros y Sophia pensó que aquel hombre no podría ser más perfecto aunque lo hubieran hecho de bronce. Tenía el pelo negro y ondulado, los rasgos de la cara marcados y unos ojos del color de la amatista… necesitados aunque orgullosos como los de un león.

—Digamos que soy un anticuado —contestó Alex secamente.

—Bueno, pues yo no —dijo Sophia.

Era una mentira, pero la ansiedad emocional siempre sacaba lo peor de ella. No estaba dispuesta a contarle nada a aquel hombre. No cuando estaba dejando bien claro que haberse acostado con ella había sido un gran error. No pensaba decirle su nombre, ni de dónde venía, ni decirle que navegaba por las islas en memoria de su abuelo mientras buscaba ideas para su próximo libro infantil.

No, lo único que quería era huir.

—No quiero tener que recurrir a dar órdenes, pero lo haré —dijo Alex cruzándose de brazos.

Sophia lo miró con las cejas enarcadas.

—¿Perdón?

—Me temo que te voy a tener que ordenar que me digas quién eres.

—¿Me estás dando una orden?

—Exacto.

Sophia sonrió, se rió y sacudió la cabeza.

—Esto es verdaderamente gracioso —comentó—. ¿Y tú quién

eres? ¿El rey de Llandaron o algo parecido?

—Todavía no —contestó Alex.

—Ya, y yo soy la reina de los mares —se burló Sophia.

—No es momento para bromas, señorita…

—Estoy de acuerdo —dijo Sophia poniéndose en pie.

Aquello era ridículo. Habían actuado sin pensar y habían cometido un horrible error, pero había terminado. Debía irse. Ahora mismo. Antes de que aquella farsa fuera a más. Antes de que hiciera todavía más el ridículo.

—¿Alguna otra orden antes de que me vaya, Su Majestad?

—Sólo una más —contestó Alex mirándola con severidad.

Sophia tragó saliva y sintió un intenso calor en el bajo vientre.

—No he tenido cuidado y por ello debo pedirte perdón.

—Por favor, deja de pedir perdón…

—Puede que estés embarazada de mí, que lleves en tus entrañas al futuro heredero de Llandaron —dijo Alex muy serio—. Me temo que vas a tener que quedarte conmigo, en mi reino, hasta que estemos seguros de ello.

Capítulo 2

Alex observó cómo aquella preciosa mujer palidecía y se maldijo a sí mismo pues él era la causa de su sorpresa.

Había sido demasiado brusco y apresurado al explicarle la situación.

—Mira, no me importa quién seas, pero esto se nos ha ido de las manos —comentó Sophia furiosa.

—¿No me crees? —preguntó Alex calmado.

—No, por supuesto que no —contestó ella.

—Hay muchas maneras de probar mi identidad.

—Estoy segura de ello —dijo Sophia con sarcasmo—, pero por hoy ya he tenido bastante.

—Yo también.

—Bien —concluyó Sophia—. Mi barco se ha golpeado contra una roca y tengo que ir a buscar ayuda para que lo remolquen antes…

—No tienes por qué preocuparte. Yo me encargaré de que lo traigan.

—No es necesario.

—Creo que dadas las circunstancias…

—Gracias, pero ya me ocupo yo de eso. Ahora, si me perdonas… —dijo girándose para irse.

Pero Alex no iba a consentir que se fuera así como así. Aquello no había hecho más que comenzar. La agarró de la mano.

Sophia se giró hacia él con ira.

—Desde luego, tienes bastante cara, amigo —le espetó.

Alex sonrió. Nadie jamás le había hablado con tanta ferocidad. Desde luego, era evidente que aquella mujer no creía que fuera el príncipe heredero al trono de aquel país. Aun así, lo intrigaba.

—¿Y qué piensas hacer mientras te reparan el barco? —le preguntó.

Sophia apartó la mano.

—No tengo planes todavía.

Alex miró hacia el mar y vio el barco cabeceando.

—Con los daños que debe de tener, van a tardar varias semanas en reparártelo.

—Eso ya lo veremos. Entiendo mucho de barcos, así que puede que les eche una mano. —No creo que el señor Verrick te deje hacerlo, pero puedes intentarlo.

—Gracias por el consejo. ¿Me puedo ir ya? —Sólo una cosa más. ¿Dónde te vas a hospedar mientras arreglan el, barco?

—No lo sé —contestó Sophia impaciente—. Supongo que en la ciudad.

Alex sacudió la cabeza con vehemencia. No iba a permitir que aquella mujer se alojara en un hotel. Aunque no fuera una buena idea, la quería junto a él, donde la pudiera vigilar, donde la pudiera proteger.

Así, de paso, no se podría ir de Llandaron sin que él lo supiera. No podía permitir que lo hiciera embarazada de él.

—Te vas a quedar aquí, en mi casa de la playa —anunció.

—¿Pero tú quién te crees que eres? —Te lo acabo de decir.

—Sí, ya, el futuro rey —se burló Sophia—. No veo a tus guardaespaldas por ningún sitio.

—No tienen permitida la entrada en mi residencia privada —contestó Alex.

—Un poco inseguro para el futuro rey, ¿no? —preguntó Sophia sarcásticamente.

—Puede que sí, pero después dé toda una vida de protección, así lo he elegido.

Sophia lo miró a los ojos.

—Mira, amigo, lo que acaba de ocurrir ha sido un error, ¿de acuerdo? ¿No lo podemos dejar así? Lo hemos hecho sin pensar. Ha debido de ser la niebla lo que nos ha hecho comportarnos como…

—¿Dos idiotas? —Exactamente.

—Sí, pero eso no cambia el hecho de que puedas estar embarazada.

Sophia tomó aire y se miró la tripa. Se produjo un largo silencio hasta que sus ojos se volvieron a encontrar. Al hacerlo, Alex vio en ellos sorpresa y ansiedad.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que puede que esté tomando la píldora? —dijo Sophia.

—No creo.

—¿Y qué te hace pensar eso? —dijo ella levantando el mentón en actitud desafiante—. ¿Te parezco tan poco deseable que no crees que tenga un novio estable?

¿Poco deseable? A Alex le entraron ganas de reírse. Oír aquella palabra de unos labios tan jugosos, unos labios que quería volver a saborear, era de locos. Al mismo tiempo, la palabra «novio» hizo que se disparara una irritante campanita en su cerebro.

Alex apretó los dientes. No quería pensar en Sophia con otro hombre, no quería pensar en que tomaría medidas anticonceptivas porque tenía una vida sexual activa. Ambos pensamientos lo repugnaban y aquello era peligroso.

—No pretendía insultarte —contestó—. Simplemente había dado por hecho que… bueno, llevas en el mar por lo menos cuatro meses. Sola. La necesidad de compañía…

—¿Cómo demonios sabes que llevo cuatro meses navegando? —lo interrumpió Sophia.

—Te he visto —contestó Alex.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—En Escocia, en mayo. Estaba en la playa y tú estabas en tu barco.

La brisa marina los envolvió y los ojos de Sophia se tornaron más oscuros mientras se sonrojaba.

—¿Eras tú?

Alex asintió y percibió que el pulso se le aceleraba.

Así que ella también lo había visto.

Sophia se dio cuenta de que se estaba sonrojando sobremanera y odió que le ocurriera delante de él. No solía avergonzarse por nada. De hecho, le gustaba ir directa al grano, hablar las cosas con franqueza, de resolver los problemas cuanto antes.

Sin embargo, con aquel hombre era diferente, con aquel hombre

tan guapo no era ella misma. El hecho de que hubiera soñado con volver a verlo la descorazonada todavía más.

—¿Quién eres de verdad? —le preguntó apartándose un mechón de pelo de la cara.

—Soy el Príncipe Alexander William Charles Octavos Thorne —contestó Alex sonriendo—. De verdad.

—Mientes.

—No miento —insistió Alex.

Sophia contuvo el aliento y lo miró de arriba abajo. Su abuelo siempre le había dicho que se le daba bien juzgar la naturaleza de las personas. Sin embargo, aquel hombre era difícil de descifrar, era como si tuviera barrotes que impidieran la entrada de los demás.

Aun así, Sophia vio en sus ojos honor y verdad.

Gimió y se giró hacia el mar. Aquello era imposible. Imposible. Esas cosas no pasaban en la vida real. Un príncipe, por amor del cielo. ¿De verdad acababa de hacer el amor con un príncipe?

Se tocó la tripa.

Un hijo…

Un dolor ya conocido se apoderó de su corazón. A ella la habían tratado como a una adulta, con todas las responsabilidades que eso conllevaba, desde que tenía cinco años. Desde entonces, había soñado con tener una familia y muchos hijos para enseñarles a leer, a navegar, a nadar y, sobre todo, a ser libres como solo los niños lo son.

Pero tener un hijo de aquella manera…

Y con un príncipe…

Durante un momento, Sophia pensó que se debía de haber quedado dormida en la cubierta de su barco bajo el sol. Tal vez, estaba soñando y aquello, el accidente, la niebla, el hombre, no era más que un sueño…

Esperanzada, se pellizcó el brazo. Estaba despierta.

—¿Y tú cómo te llamas? —quiso saber él.

Sophia lo miró.

—Sophia Dunhill, de San Diego, California —murmuró.

—Muy bien, Sophia —sonrió él agarrándola de la mano—. Ven a mi casa, sécate y vamos a avisar para que vengan a arreglar tu barco.

—¡No por favor, otra estadounidense no! —exclamó el rey.

Alex, apoyado en la chimenea de la biblioteca, se cruzó de brazos y miró a su hermano Maxim y a su hermana Cathy, embarazada de pocos meses. Ellos miraron a sus cónyuges, ambos estadounidenses, y todos estallaron en una carcajada.

Hacía diez minutos que Alex había dejado a su sirenita en el baño. Había jurado y requetejurado que no se iba a ir, por lo menos aquella noche, pero Alex no sabía si creerla.

Aun así, la había dejado sola porque necesitaba distanciarse de ella. De lo contrario, la hubiera tomado entre sus brazos y le habría vuelto a hacer el amor.

De pronto, se encontró imaginándosela desnuda, metida en la bañera, con burbujas de vainilla hasta el cuello…

Apretó las manos y se dijo que debía controlarse.

—A diferencia de mi hermano y mi hermana —le dijo a su padre con el ceño fruncido—, no hay… amor entre nosotros.

El rey acarició a Glinda, su perro lobo, y a continuación dio un trago a su brandy.

—Espero que no. No sería el mejor momento para andar por ahí haciendo el loco con…

—¿Una estadounidense, Su Alteza? —bromeó Fran, la esposa de Maxim.

El rey intentó dirigir a su nuera, también embarazada, una mirada de reprobación, pero le salió una sonrisa. Cuando la preciosa veterinaria le devolvió la sonrisa y le acarició la rodilla, el padre de Alex incluso se sonrojó.

Ver a su progenitor pasar de ser un monarca autoritario a un osito de peluche sorprendió a Alex. Nunca había visto aquel aspecto de su padre. Desde luego, no desde que había vuelto a casa.

No había que ser psicólogo para darse cuenta de lo mucho que aquella estadounidense había suavizado su carácter.

Maxim miró a Alex y sonrió.

—Así que apareció en la playa, ¿no?

Alex asintió. No estaba mintiendo, pero los detalles de su encuentro con Sophia sobre la arena no tenían por qué ser divulgados. Aun así, la verdad no paraba de repetirse en su cabeza.

—Su barco necesita una reparación.

—¿Y tú la has invitado a quedarse aquí hasta que esté terminado? —sonrió Dan, el marido de Cathy con una sonrisa igual

de pícara que la de Maxim.

El nuevo jefe de seguridad del palacio y antiguo marine americano era demasiado preguntón.

—Exacto —contestó Alex—. Apareció en mi playa privada, así que supongo que eso me hace responsable de ella.

Dan y Maxim se miraron y volvieron a sonreír.

—¿No solías soñar de pequeño con sirenas? —le preguntó su hermana dando un trago a su zumo de arándanos.

—Claro que sí —apuntó Maxim.

Fran sonrió y se arrebujó contra su marido, que tenía un cachorro de perro lobo, Lucy, en su regazo.

—Qué romántico.

Dan se giró hacia su esposa.

—¿Y qué pasaba en aquellos sueños, ángel?

Alex suspiró.

—¿Cuándo cenamos?

Todos lo ignoraron mientras escuchaban a Cathy.

—Alex siempre fue un niño estoico. No solía hablar de nada privado, pero cuando empezó a tener aquellos sueños, el mismo sueño todas las noches durante un año entero, no pudo mantenerse callado. Yo era pequeña, pero recuerdo perfectamente su expresión cuando nos lo contó.

—Ya es suficiente —dijo Alex en tono de advertencia.

—No hemos hecho más que empezar —contestó Maxim chasqueando la lengua.

Cathy sonrió y continuó.

—Se sentaba en el tejado de las cuadras y miraba al mar y nos hablaba de ella. Era una sirena pelirroja, de ojos verdes y piel muy blanca que salía del mar con los brazos abiertos.

—No te olvides de sus poderes mágicos —le recordó Maxim.

—¿Tenía poderes mágicos? —quiso saber el rey.

Alex gimió y se sirvió un whisky. ¿Cómo era posible que aquel estúpido sueño adolescente todavía lo persiguiera? ¿Y qué había sido de aquellas cenas familiares silenciosas y tranquilas que siempre le habían encantado?

—Nos decía que cuando ella lo miraba, sentía como si pudiera volar, como si fuera libre, como si pudiera hacer cualquier cosa —suspiró Cathy.

Alex maldijo y agarró el vaso de whisky con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—Eso parece poesía, ¿verdad, Maxim? Maxim se encogió de hombros.

—No lo sé, pero lo que sí parece es que estaba enamorado de ella.

Alex miró a sus hermanos.

—Os advierto que hay muchas historias humillantes que podría contarles a vuestras parejas.

Fran sonrió encantada. —¿Como cuáles?

Maxim besó a su mujer en la mejilla.

—Se está tirando un farol, cariño.

—¿Seguro, hermanito?

—¿Qué tal si lo dejamos para después de cenar? —propuso Fran —. ¿Y cómo es Sophia?

Alex pensó lo rápida que era su cuñada. Había cambiado de tema y había vuelto a la conversación del principio. Debería haberse enfadado, pero ningún hombre podía enfadarse con aquella mujer tan guapa y tan inteligente.

—¿No será pelirroja? —preguntó Fran.

—Es pelirroja, tiene los ojos verdes y la piel muy blanca —contestó Alex, sin darle importancia—. De los poderes mágicos, no sé nada.

Todos se quedaron en silencio. Sólo se oía el crepitar de las llamas y los cubitos de hielo de los vasos. Alex vio que todos se miraban de reojo ante lo que acababa de decir.

—¿Y por qué no cena hoy con nosotros? —preguntó el rey.

—Quería estar sola —contestó Alex—. Y después de… de la tensión de haber perdido el barco, creí que era mejor no agobiarla.

—Me gustaría conocer a esa joven —insistió su padre.

Cathy asintió.

—Creo que nos gustaría conocerla a todos.

—¿Qué os parece si organizamos un picnic mañana? —propuso Fran—. Podríamos decírselo a la tía Fara y a Ranen y llevarnos a los perros también.

Alex observó cómo su familia hacía planes para conocer a su invitada y volvió a sentir que la situación se le escapaba de las manos. Primero, había sido lo que había sucedido con Sophia en la

playa, aquella extraña necesidad de poseerla y, ahora, la insistencia de su familia.

Se sentía como si fuera un mero testigo, alguien que pasara por allí, en su propia vida. Como si alguna fuerza de la naturaleza lo hubiera barrido.

Antes de que le diera tiempo de reaccionar, su padre se puso en pie.

—Muy bien, mañana nos vamos todos de picnic. No hay más que decir, así que vamos a cenar.

Sophia salió del baño un poco más relajada.

Aquello era de locos. Estaba en el baño de la casa del príncipe de Llandaron intentando relajarse.

¿Y qué podía hacer para apartar de su mente aquel deseo?

Desde luego, su psiquiatra de San Diego se hubiera quedado de piedra ante su comportamiento de aquel día. Normalmente, sus sesiones estaban plagados de dolores pasados: su infancia solitaria, la muerte de sus padres, su devoción hacia su amado abuelo y su pánico a mantener una relación con alguien a quien pudiera terminar perdiendo, pero lo de aquel día…

La situación en la que se encontraba estaba más allá de todo análisis.

Sophia se acercó al espejo que había sobre el lavabo, se quitó la toalla y se quedó mirando su reflejo. Ojos brillantes, labios sonrosados, mejillas coloreadas. Tenía la apariencia de una mujer que había experimentado lujuria, excitación y satisfacción, la apariencia de una mujer a la que acababan de insuflar vida.

Sophia no pudo evitar tocarse la tripa.

Sonrió. Alex y ella habían hecho el amor en un momento muy arriesgado, pero ¿sería posible aquel milagro? ¿Sería posible que una nueva vida estuviera creciendo en sus entrañas en aquel momento de su vida tan maravilloso y tan loco? ¿Y si fuera así qué iba a hacer?

Levantó el mentón. Haría lo que tenía que hacer, como siempre. Enfrentarse a la vida sin miedo y disfrutar de cada momento sin arrepentirse.

Sin arrepentirse.

—¿Sophia?

Alex había vuelto de cenar. Se apresuró a taparse con la toalla.

¿Por qué llegaba tan pronto? Sin duda, para cerciorarse de que no hubiera huido.

Tomó aire y se giró. Tragó saliva. La puerta del baño estaba abierta. Saber que Alex estaba al otro lado la había dejado petrificada.

—No esperaba que volvieras tan pronto —contestó—. ¿Te importaría cerrar la puerta, por favor? Ahora mismo salgo.

Lo oyó reír.

—¿Te has vuelto tímida de repente?

—No ha sido de repente —murmuró ella—. ¿Ah, no? ¿Y lo de hoy?

—Lo de hoy ha sido porque estaba temporalmente cegada por…

—¿El deseo? —dijo Alex.

—Más bien, por haber estado a punto de morir. ¿Te importaría cerrar la puerta?

—No sé, me intriga saber qué harías si no lo hiciera…

En un arranque de ira, Sophia fue hacia la puerta y la abrió de par en par.

—¡Eres imposible! Y tú eres…

—Yo también soy imposible. ¿Qué quieres? Alex la miró de arriba abajo.

—No deberías preguntarme eso cuando sólo llevas puesta una toalla.

—¿Me estás diciendo que no eres un caballero?

—Exactamente.

Sophia sintió un intenso calor, pero se controló.

—Quiero que te quede una cosa clara. Lo de hoy ha sido un lapsus. Te puedo asegurar que no se va a volver a repetir. Alex asintió. —Bien.

—¿Bien?

—No suplico, Sophia.

—Bien porque yo no agacho la cabeza ante ningún príncipe.

—Me alegro de que hayamos dejado esto claro —dijo Alex divertido—. Ahora, vístete y sal. Te he traído la cena.

Sophia miró por encima de su hombro y vio varias bandejas de plata sobre una mesa.

—Muchas gracias, Alex, pero no tengo mucha hambre.

—Tienes que comer, Sophia —insistió él.

—No sé si has entendido lo que te acabo de decir hace un momento. No consiento que me den órdenes.

—No lo hago por ti —contestó Alex mirándola con dureza—. No voy a permitir que mi hijo se muera de hambre.

Las palabras de Alex la hirieron como jamás hubiera imaginado. El mero pensamiento de hacer daño a un niño, a su hijo, hizo que a Sophia se le llenaran los ojos de lágrimas.

—Ahora mismo salgo —dijo tomando aire para tranquilizarse.

Alex asintió y salió del baño.

Capítulo 3

Alex siguió a Sophia a la terraza con dos tazas de café, uno solo y negro y el otro con leche y descafeinado.

—¿Por qué estás tan seria? ¿En qué estás pensando?

—En mi futuro.

—¿Qué ves?

Sophia se encogió de hombros.

—No está muy claro.

—Supongo que no —dijo Alex dejando las tazas sobre la mesa.

La noche los envolvía y la luz de las estrellas los iluminaba mientras la brisa marina jugaba con la arena.

Alex le indicó a Sophia que se sentara en una butaca, pero ella negó con la cabeza y bajó las escaleras. Se sentó en el último escalón y metió los pies en la arena.

—No estoy acostumbrada a estar en esta parte de la orilla —comentó—, pero es muy bonito.

Alex se quedó mirándola y tuvo que morderse la lengua para no decirle que lo más bonito que había a aquel lado de la orilla era ella.

_¿Por qué estabas navegando por aquí? —le preguntó sentándose a su lado.

—No sé si lo vas a entender.

—¿Por qué?

—Porque pareces muy… práctico —sonrió Sophia.

—Me parece que te equivocas. —¿Ah, sí? ¿Ahora resulta que Su Alteza es salvaje y hace locuras?

—Puedo ser así —contestó Alex mirando a la arena, donde habían hecho el amor—. Háblame de tu viaje —añadió intentando apartar de su mente el deseo que sentía por ella.

—Mis padres murieron cuando yo era pequeña —comenzó Sophia— y nunca pensé que tuviera más familia que mi horrible tía. Era una mujer que me daba mucho miedo. Se parecía mucho a mis padres, era muy protectora y se preocupaba demasiado por todo, pero no tenía corazón. Entonces, un día, descubrí que tenía un abuelo —recordó sonriente—. Vino a buscarme y me llevó con él. Crecí con él en su barco y él me enseñó a enfrentarme a los retos y a no tener miedo. Navegábamos casi todos los días. Aquel hombre me trataba de maravilla, me hacía sentir especial, querida. Me hizo sonreír todos los días que estuvo vivo.

Alex nunca había oído a nadie hablar así, de manera abierta y sincera. No estaba muy seguro de cómo reaccionar.

—¿Cuándo murió?

—El año pasado.

—Lo siento.

—Yo también. Teníamos casi terminado el Daydream y su sueño era navegar por estas islas. Alex sonrió al comprenderlo todo. —¿O sea que lo has hecho por él?

—Sí —contestó Sophia—. Llandaron era la última isla que me quedaba por hacer, pero… —No has podido terminar de rodearla. Sophia asintió.

A Alex le habían enseñado a ser diplomático y a tener tacto, pero no a saber consolar a los demás.

—Lo conseguirás —le dijo apartándole un mechón pelirrojo de la cara.

Sophia se giró y lo miró.

—Tengo que hacerlo, Alex. Llandaron era muy importante para mi abuelo. Sobre todo, Baratin. Nació allí y vivió allí durante más de trece años.

Alex la miró sorprendido.

—¿Tienes familia aquí?

Sophia negó con la cabeza.

—No creo. Mi abuelo nunca me habló de ello.

—Dunhill. Ese apellido no me suena.

—No, claro que no. Es el apellido de mi padre y el abuelo del

que yo te hablo era el padre de mi madre. Se lo llevaron de Llandaron cuando su madre murió.

—¿Cómo se apellidaba?

—Turk. Se llamaba Robert Turk.

Alex se quedó sin habla. Robbie Turk. Hacía muchos años que no oía aquel nombre. Para uno de los miembros de su clan pronunciarlo era lo más cercano que había a la blasfemia, pero su nieta había vuelto a casa y su familia tenía derecho a saberlo.

Con un instinto protector como antes no había conocido, Alex le pasó a Sophia el brazo por la cintura.

—Subamos a tomarnos el café. Se está haciendo tarde.

Sophia se quedó mirando lo que tenía ante sí con los ojos como platos.

En Estados Unidos, un picnic consistía en pollo frito, ensalada de patata, fresas, pan de molde y todas las hormigas que hubiera por allí cerca.

La mesa que tenía ante sí lucía con frutas, carnes, ostras y vino, quesos y pan fresco.

—No te preocupes —le dijo Alex apretándole la mano mientras se acercaban—, no muerden.

—Estoy bien —le aseguró ella.

—Nada te da miedo, ¿verdad?

—Verdad.

Lo cierto era que quería impresionar a aquella gente, algo que no era propio de ella. Normalmente, le importaba muy poco lo que los demás pensaran de ella, algo que había heredado de su abuelo.

Sin embargo, las personas que los esperaban sentadas a aquella estupenda mesa eran los familiares de Alex y quería caerles bien. Si resultara finalmente que estuviera embarazada de él, aquel grupo de gente iba a convertirse en su familia y no había nada que Sophia deseara más en el mundo que una familia cariñosa para su hijo.

—Primero te voy a presentar a mi padre —anunció Alex.

—¿Al rey? —susurró Sophia.

—Sí —contestó Alex enarcando una ceja—. Creí que no tenías miedo…

Y no lo tengo. Simplemente, creía que íbamos a empezar por alguien más fácil, como un duque o una condesa o algo así.

Alex chasqueó la lengua y le apretó la mano de nuevo.

—Vamos.

El rey de Llandaron estaba sentado en una butaca blanca. Era un hombre grande, de espaldas anchas y mirada seria. Cuando se acercó a él, Sophia sintió que le temblaban las rodillas.

—Majestad —comenzó Alex—, le presento a Sophia Dunhill. Sophia, mi padre, el Rey Oliver Thorne.

Sophia inclinó la cabeza como había visto hacer en las películas y rezó para haberlo hecho bien.

—Encantada de conocerlo, Majestad.

El rey la miró de arriba abajo, desde las zapatillas de deporte que se había comprado aquella mañana hasta los vaqueros y la blusa blanca que llevaba pasando por el maquillaje y el pelo.

—Un pez raro, Alexander —exclamó el hombre—. Lo cierto es que se parece mucho a tu sirena, ¿no?

Tomada por sorpresa, Sophia se giró hacia su acompañante.

—¿Tu qué?

La risa del rey lo inundó todo.

—Nada —murmuró Alex—. Muchas gracias, padre.

—De nada, hijo.

—Vamos a buscar una sombra para sentarnos —dijo Alex tomándola de la mano de nuevo. Sophia inclinó apresuradamente la cabeza de nuevo.

—Encantada de conocerlo, Majestad —repitió.

—Lo mismo digo, querida.

—¿Me vas a explicar de qué iba eso? —le dijo Sophia mientras se alejaban hacia la mesa del bufé.

—Después de comer.

—Bien, pero que sepas que te lo voy a recordar.

—No lo dudo. Sophia sonrió.

—Antes de comer, me gustaría conocer al resto de tu familia.

—Después de lo que acaba de decir mi padre, no me parece una buena idea, pero… —contestó Alex guiándola hacia un grupo de hombres y mujeres jóvenes y presentándoselos.

A continuación, les indicó en tono de advertencia que quedaba prohibido hablar de sirenas y apariciones de la infancia.

El grupo asintió no muy convencido y Sophia se dijo que debía preguntarle también por eso.

Alex, su hermano Maxim y su cuñado Dan se pusieron a hablar

de fútbol y Sophia se encontró en compañía de Cathy y de Fran.

Fue extraño, pero Sophia sintió una conexión inmediata con ambas mujeres. Fran era también de California, una mujer normal y corriente, cariñosa. Cathy, por su parte, no era una princesa prepotente, como Sophia había esperado. Era increíblemente amable y afectuosa.

Eran las amigas que nunca había tenido y que siempre había deseado y se moría de ganas por contarles lo que había pasado entre Alex y ella, pero Sophia era una persona cautelosa por naturaleza y dejó el episodio del día anterior donde tenía que estar: en la niebla.

—¿Así que tú viniste aquí para cuidar al perro lobo del rey? —le preguntó Sophia a Fran.

La veterinaria señaló a la preciosa perra que dormía bajo la butaca del rey.

—Glinda ha tenido unos cachorros preciosos —contestó Fran acariciando a uno de ellos—. Éste fue el más pequeño de todos.

_¿Y dejaron que te lo quedaras por eso? Qué maravilla.

Fran sonrió encantada.

—Lo cierto es que me llevé un cachorro, un príncipe y un hijo.

Aquello hizo reír a Cathy.

—Además de una hermana y un cuñado muy pesado.

—No digas eso —le dijo Fran tocándose la tripa—. Podría oírte su hijo.

—Dios mío, es cierto, y el mío también.

Ambas mujeres se rieron y se tocaron la tripa. Por alguna estúpida razón, Sophia hizo lo mismo.

Fran la vio y frunció el ceño. —¿Estás bien?

Sophia se sonrojó y se apresuró a apartar la mano y a sonreír.

—Sí, pero es que tengo un poco de hambre —mintió poniéndose en pie—. ¿Queréis que os traiga algo?

—Unas galletas y un poco de queso —contestó Fran mientras Cathy asentía.

Sophia se dirigió a la mesa donde estaba colocado el bufé diciéndose que era idiota. No debía encariñarse con aquella gente ni con aquel país y, mucho menos, con Alex y con el niño que no estaba segura de ir a tener.

Decidió irse después de comer a ver qué tal iba su barco. Así,

volvería a la realidad. —Sophia— la llamó Alex.

Sophia se giró y vio que Alex llegaba acompañado de una pareja mayor y de otro cachorro. Al ver al hombre, tuvo una extraña palpitación.

—Te quería presentar a otras dos personas —sonrió Alex—. Acaban de llegar. Me parece que te va a resultar fascinante.

La mujer, de preciosos ojos color violeta, tomó la mano de Sophia y sonrió.

—Me llamo Fara.

—Es mi tía —le explicó Alex.

Sophia sonrió sintiéndose increíblemente indecisa sin saber por qué.

—Encantada de conocerla, Alteza. —Lo mismo digo, Sophia.

La tía de Alex era increíblemente dulce y cariñosa, pero Sophia estaba concentrada en el hombre que había a su lado, que la miraba con el ceño fruncido.

Sophia lo conocía de algo, pero aquello era imposible.

—¿Y tú quién eres?

—Me llamo Sophia Dunhill —contestó—. ¿Y usted, señor? —añadió sin poder reprimirse—. Ranen Turk —contestó el hombre estrechándole la mano.

Sophia se quedó con la boca abierta. Sintió que el corazón se le paraba. —¿Cómo ha dicho? ¿Turk?—. Sí.

—¿Sophia? —dijo Alex preocupado.

Fara le puso la mano en el hombro.

—¿Estás bien, querida? Sophia apenas los oía.

—¿Conocía usted a un hombre llamado Robert Turk, que nació en Baratin?

—No mencione usted ese nombre en mi presencia.

—¿Lo conocía?

—Era mi hermano pequeño. Abandonó a la familia —contestó el anciano enfadado—. Menudo canalla.

—Ranen, por favor —dijo Alex agarrando a Sophia de la cintura.

—No lo entiendo —dijo ella.

—¿De qué conoce usted a Robert? —preguntó Fara preocupada por Ranen e interesada por Sophia.

Sophia no podía dejar de mirar a Ranen. —Es… era mi abuelo.

Ranen la miró con los ojos muy abiertos, pero no dijo nada.

Durante un buen rato, sólo se oyó el mar a lo lejos y las conversaciones de los demás.

Sophia se preguntó qué debía decir, pero no le dio tiempo a decir nada pues Ranen se dio la vuelta y se fue.

Alex miró el fax que tenía ante sí y se dio cuenta de que no tenía la cabeza para concentrarse en nada.

Había vuelto a casa con Sophia hacía cuatro horas y no habían hablado mucho. Sophia estaba pálida y confundida y se había ido a su habitación casi inmediatamente.

Alex quería consolarla, quería explicarle que había invitado a Ranen al picnic porque había querido darle una sorpresa, pero no se le daba bien pedir perdón, sobre todo, cuando era por un error personal.

Aun así, no podía quedarse allí sentado sin hacer nada.

Dejó el trabajo a un lado, salió de su despacho y bajó las escaleras. La casa estaba en silencio. Hacía media hora que Sophia había ido a decirle que la niebla se había disipado e iba a darse un baño en el mar.

A Alex no le había parecido muy buena idea, pero se dio cuenta de que Sophia necesitaba relajarse nadando. Sabía que necesitaba el consuelo del mar. A él le había pasado muchas veces.

Alex aspiró la brisa marina y la buscó con la mirada.

Tal y como le había prometido, estaba nadando cerca de la orilla. Alex la observó mientras buceaba y volvía a emerger a la superficie con el pelo hacia atrás y los hombros mojados.

Desde luego, era la recreación perfecta de su sueño de la infancia.

Alex no pudo evitar ir hacia ella. Bajo el cielo de pinceladas de Van Gogh, se acercó a la orilla y se quitó la camisa y los pantalones.

Se dijo que un chapuzón rápido le devolvería la cordura. Se adentró en el agua e intentó convencerse de que su frialdad lo curaría.

Sin embargo, cuando se encontró cara a cara con Sophia, a pocos centímetros de ella, tuvo que admitirse a sí mismo que nada de eso era verdad.

Lo cierto era que quería estar cerca de ella. Exactamente igual que le pasaba con la sirena de pelo encendido de sus sueños, cuando estaba con Sophia se sentía vivo y libre.

—Muy valiente por su parte, Alteza —dijo ella secándose la cara con las manos.
—¿A qué te refieres?
—A que se ha atrevido a volver a la escena del crimen.
—Bueno, ya que me has salvado la vida una vez, cuento con que lo vuelvas hacer si se vuelve a presentar la ocasión.
—No lo sé. Después de los problemas con los que me encontré la última vez…
¿Dejarías que me ahogara para no tener que enfrentarte al…?
—¿Dolor? —sonrió Sophia.
—Iba a decir placer.
—Eso no se va a repetir, Alex.
Alex pensó que ninguno de los dos tenía el nivel de control suficiente para asegurarse de que aquello fuera a ser así.
—Como tú quieras, Sophia —contestó sin embargo.
—Lo dices como si estuvieras esperando a que ceda.
—¿A que cedas?
—Sí, como si dieras por hecho que cuando no pueda más voy a abrazarte y a apretarte contra mí.
Alex sintió que el pecho se le encogía.
—Tal vez, no lo digo dándolo por hecho si no con curiosidad y… esperanza.
Sophia se pasó la lengua por los labios haciendo que Alex se excitara.
—Satisface mi curiosidad —le dijo con el pulso a mil por hora—. ¿Qué pasaría cuando me hubieras apretado contra ti?
—No lo sé —murmuró Sophia—. Supongo que te besaría.
—¿Sería un beso casto o apasionado?
—Las dos cosas —contestó Sophia con las pupilas dilatadas.
—¿Y luego?
—No lo sé.
—Sí que lo sabes —dijo Alex acercándose a ella—. ¿Me abrazarías la cintura con las piernas?
—Probablemente.
Alex estaba a punto de explotar, pero apretó los puños bajo el agua y se dijo que tenía que controlarse. Debía ser ella quien diera el primer paso.
—Suena estupendamente, Sophia, pero… —¿Pero? ¿Pero qué?

—Sería un movimiento demasiado atrevido.

_¿Y no crees que yo sea atrevida?

Alex sonrió y se acercó un poco más.

—No —contestó.

Sophia lo miró con las cejas enarcadas.

—¿Perdón?

—Lo único que digo es que tomar lo que quieres sin la protección de la niebla y sin excusas es…

—¿Te crees que no me atrevería a hacerlo?

A Alex no le dio tiempo a contestar. Sintió sus piernas en la cintura y se encontró apretado contra ella mientras Sophia lo besaba. Y él se dejó hacer.

La acarició en la oscuridad de la noche hasta hacerla gemir. Sophia sabía a gloria. Era perfecta. La apretó con fuerza posesiva contra él. Era suya. En aquellos momentos, era suya.

Se besaron apasionadamente hasta que Sophia se separó de él.

—¿Queda demostrado que sí me atrevo, Alteza?

—Sí, eres muy atrevida —contestó Alex apretando los dientes.

Ella asintió con la respiración entrecortada.

—Ahora, me voy. ¿Vienes?

—En un momento.

Sophia salió del agua y, una vez en la orilla, se giró hacia él.

—No te pasará nada si te dejo ahí solo, ¿verdad?

—Siempre he estado solo y nunca me ha pasado nada.

—Entonces, buenas noches.

Alex la observó mientras se alejaba en dirección a la casa. Una vez a solas, aprovechó para nadar un rato. Aquellos jueguecitos le habían dejado la mente calenturienta y la entrepierna dolorida.

Pero no era eso lo que lo preocupaba. Estaba acostumbrado a aguantar sin sexo; al fin y al cabo, así había sido durante su matrimonio. No, era algo mucho más peligroso. Por primera vez en seis años, se sentía conectado con la vida, con el deseo, con la necesidad y con el dolor.

Y Sophia Dunhill era la clave de todo aquello…

Capítulo 4

Sarah Ardilla abrazó el grano que había encontrado y sonrió…

Sophia suspiró, tachó la frase y volvió a comenzar.

Cuando Sarah Ardilla se despertó aquella mañana supo que aquél era el día en el que iba a encontrar a su familia…

Sophia sonrió. Aquello ya estaba mejor. No era maravilloso, pero estaba mejor que antes.

Se preguntó si sería posible que la belleza de Llandaron la estuviera ayudando a escribir. ¿Serían los besos de cierto príncipe alto y muy guapo?

Se sonrojó como una adolescente, cerró el cuaderno y se apoyó en una piedra soleada. Sólo hacía una semana que había llegado a tierra. Hacía una semana que había hecho el amor con Alex y no hacía más que pensar en él.

No podía apartar de su mente aquellos ojos, aquellos labios y, por supuesto, la increíble posibilidad de que hubieran concebido un hijo.

Todo habría sido mucho más fácil si la atracción que sentía por él hubiera sido puramente física. Pero no lo era. Lo cierto era que había cosas en él que la hacían desear que fuera su compañero.

Ella, que sólo quería libertad. Ella, que no necesitaba nadie.

O eso creía.

Sophia se quedó mirando el mar, las olas y se estremeció.

—¿Nos has estado evitando? ¿O ha sido sólo a mí? —dijo una voz a sus espaldas.

Sophia se giró sorprendida y se encontró con Ranen.

—Vaya, me has dado un susto de muerte —contestó.

—Perdón —se disculpó el hombre bajando a la arena con la agilidad de alguien que tuviera la mitad de edad que él—. Lo cierto es que te quería pedir perdón por un par de cosas, pero espero que no me hagas decírtelas.

—Claro que no —sonrió Sophia sabiendo que aquel hombre, como buen hermano de su abuelo, tenía mucho orgullo.

—¿Has visto algo más que esta casa la última semana? —le preguntó Ranen.

—Sí, esta mañana he ido a ver qué tal iba mi barco.

—¿Cuánto te han dicho que van a tardar en repararlo?

—Dos semanas.

Ranen asintió. Se parecía tanto al abuelo de Sophia que casi le dolía mirarlo. Aquel hombre era el único familiar que tenía con vida y estaba demasiado enfadado para reconocerlo.

Como para consolarla, el cachorro de perro lobo que lo acompañaba se acercó a ella y se tumbó a su lado. A los pocos segundos, su calor le llegó al corazón y la tranquilizó.

—Se llama Aggie —le dijo Ranen apoyándose en la misma piedra que ella.

—Es preciosa.

—Me sigue a todas partes. Es una pesada.

Sophia se rió mientas, acariciaba al cachorro.

—El abuelo decía lo mismo de Smoke, el gato que teníamos —comentó sin pensar lo que decía—, pero lo cierto era que luego le gustaba tenerlo tumbado en el regazo ronroneando.

Ranen no contestó.

—¿Qué estás escribiendo?

—Espero que un cuento nuevo —contestó Sophia encogiéndose de hombros—. Soy escritora, escribo cuentos para niños, pero ahora mismo me encuentro bloqueada.

—Menudo fastidio.

—Sí, puede ser muy grave si dura demasiado tiempo y yo llevo así desde que…

Sophia se revolvió incómoda.

—¿Desde cuándo? —quiso saber Ranen.

—Desde que murió mi abuelo.

El hombre la miró con furia y carraspeó.

—Así que ha muerto, ¿eh?

Sophia asintió con un nudo en la garganta.

—El año pasado.

Ranen apretó los dientes y se quedó mirando el mar en silencio. Sophia se moría de ganas por preguntarle cosas de la vida de su abuelo en Baratin y quería saber por qué no se habían hablado en todos aquellos años.

—Mi abuela era escritora —dijo Ranen de repente.

—¿De verdad? —contestó Sophia sorprendida.

—Sí, escribía poesía.

—Me encantaría leer algunos de sus poemas.

Ranen se encogió de hombros.

—Si los encuentro, te los dejaré.

—Eso sería maravilloso, Ranen.

—Si quieres, podemos buscarlos hoy mismo, pero primero tengo que ir al Picnic Anual de Llandaron. Es un evento que se celebra todos los años y acuden todos los habitantes de la ciudad. Dado que tú ahora vives aquí, debes venir con nosotros.

Pensar en tener que ir a semejante acto hizo que Sophia se pusiera nerviosa. No sabía qué lugar ocupaba allí… ni siquiera si tenía uno. Desde luego, no estaba preparada para contestar a ciertas preguntas sobre Alex y ella.

—Me encantaría, Ranen pero tengo mucho trabajo…

—No es una invitación, sino una orden del rey —le dijo Ranen poniéndose en pie y limpiándose los pantalones—. El príncipe Alexander va a hablar y va a necesitar todo nuestro apoyo.

—¿Para qué?

—¿No te lo ha dicho? —dijo Ranen con las cejas enarcadas.

Sophia negó con la cabeza.

—Hace cuatro meses que se separó de su mujer. Tiene que explicar la nueva situación a sus súbditos y espera que lo acepten sin princesa y sin heredero.

Sophia sintió una punzada de nervios en la tripa, exactamente en el mismo lugar donde estaría creciendo aquel heredero si ella estuviera embarazada.

—¿Y por qué no iban a aceptarlo?

—Porque es la tradición. Jamás en este país un príncipe ha sido rey sin esposa y ningún rey puede reinar sin heredero.

Los nervios de Sophia abrieron paso a un intenso miedo. Por eso, Alex se había interesado tanto por la posibilidad de que estuviera embarazada.

Y Alex quieres ser rey —comentó.

—Más que nada en el mundo —contestó Ranen.

Eso quería decir que, si estuviera embarazada de él…

Sophia cerró los ojos e intentó controlar su corazón desbocado, pero no le sirvió de nada.

Si estuviera embarazada, su hijo pertenecería a Llandaron.

Exactamente igual que ella.

«La aprensión no vale de nada».

Alex se repitió una y otra vez aquellas palabras.

Nunca en sus treinta y cinco años de vida le había dado miedo hablar a su pueblo, pero aquel día se jugaba mucho. Se jugaba su futuro, el futuro para el que lo habían educado.

Su pueblo podía elegir a su hermano como futuro rey y lo cierto era que no estaría obrando mal.

Todos los reyes que había tenido Llandaron habían sido fieles al mismo lema: «la única manera de que el país viviera en paz y armonía era seguir la tradición y la ley».

Alexander Thorne estaba dispuesto a respetar aquella norma y los deseos de su pueblo.

El camino de piedra que llevaba al escenario se le hizo largo y pesado, pero consiguió llegar. Ante sí, filas y filas de rostros interesados esperaban sus palabras.

Obviamente, esperaban un caluroso recibimiento y el deseo de que disfrutaran del picnic, no que les contara lo que había ocurrido con su matrimonio.

Durante un segundo, sintió que se había quedado sin voz, pero cuando vio una cabellera roja y una gran sonrisa entre los presentes, sintió que la tensión desaparecía.

Nunca habría esperado una reacción así de él.

Había dado instrucciones específicas de que no le dijeran nada a Sophia de aquel evento. No quería que se enterara de su fracaso, no quería que viera cómo lo rechazaba su gente.

Lo cierto era que la opinión de Sophia le importaba mucho, pero ya no podía hacer nada.

Asintió y comenzó su discurso…

Sophia se arrellanó en el asiento de la limusina. Nunca había ido en un coche tan lujoso y le estaba gustando la experiencia. Más allá de las ventanas tintadas, la ciudad descansaba mientras el chófer los llevaba hacia la playa.

A su lado, el príncipe Alex guardaba silencio. Sin duda, estaba repasando su discurso de aquella tarde.

—Siempre he estado dispuesto a entregar mi vida por mi país —dijo—. Hoy, he entregado mi corazón, mi alma y mi futuro.

Sophia sintió un escalofrío por la espalda. Aquel hombre de palabras apasionadas y naturaleza en absoluto egoísta hacía que le temblaran las piernas.

Lo miró. Mandíbula cuadrada, nariz aguileña, ojos violetas y pobladas cejas oscuras. Sí, definitivamente, aquel hombre tenía belleza y carácter.

Sophia tomó aire para tranquilizar a su pulso desbocado. Era la primera vez en su vida que sentía deseos de sentarse en el regazo de un hombre para besarlo hasta dejarlo sin sentido.

No había duda, estaba en apuros. Alex Thorne se había ganado el corazón de sus súbditos y el suyo también.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

—Sí —contestó Sophia—. ¿Y tú? Supongo que después de un día como hoy, estarás agotado. —Todo ha salido bien— sonrió Alex. —Desde luego.

—Me alegro de que vinieras, Sophia.

—Yo también. Has estado realmente maravilloso.

—He sido muy sincero, me he desnudado ante mi gente —admitió Alex.

—Y lo has hecho de maravilla. —Gracias— sonrió Alex.

—No seas creído, sabes perfectamente porqué lo he dicho.

—Sí, pero ojalá no fuera por eso —suspiró él. Aquello hizo reír a Sophia.

—¿Te has dado cuenta de que entre nosotros siempre hay malos entendidos? Tanto verbales como de otro tipo.

—Sí, echo de menos los del otro tipo —se lamentó Alex.

Sophia le dio un golpecito en el brazo.

—Ya que hoy es el día de tu desnudo integral, ¿qué te parece si eres completamente sincero conmigo?

—¿A qué te refieres?

—Cuéntame eso que dijo tu padre de la sirena.

—Prefiero no hacerlo —contestó Alex.

—Me dijiste que me lo ibas a contar y nunca lo has hecho.

—Es cierto. Está bien, allá vamos. Cuando era pequeño, tenía un sueño… era un sueño que se repetía constantemente… soñaba con el mar y con…

—¿Con qué?

—Con una sirena que salía del agua —admitió Alex.

Sophia sonrió.

—¿Y tu padre te dijo que yo me parecía a esa sirena?

—Sí —contestó Alex apretando los dientes.

—¿Por el pelo?

—Entre otras cosas.

—¿Como qué? —preguntó Sophia moviendo las pestañas.

—No me provoques.

—Lo mismo te digo.

Alex enarcó una ceja, se acercó a ella y la abrazó. Sophia se preguntó qué pasaría si diera rienda suelta a su fantasía, se sentara en su regazo y lo besara hasta dejarlo inconsciente.

¿Dónde los llevaría eso? ¿Qué ocurriría si no estuviera embarazada y se tuviera que ir? ¿Y si lo estuviera, pero lo que había entre ellos fuera solamente físico?

Después de todo, Alex acababa de salir de un matrimonio fallido y había quedado muy claro que no tenía interés en repetir. ¿Estaba ella dispuesta a arriesgar el corazón en una aventura?

Alex le pasó el dedo pulgar por el labio inferior.

—Si me quieres besar, Sophia, sólo tienes que levantar la cara y cerrar los ojos y yo estaré encantado.

—Eres un creído, ¿lo sabes?

Alex la besó suavemente en los labios y se quedó mirándola a los ojos. Sophia se moría por seguir adelante, por volver a hacer el amor con él sin tener que parar a plantearse si estaba bien o mal.

Alex…

—¿Sí?

—¿Cuánto queda para llegar a casa? —preguntó Sophia mirando al conductor.

—Unos diez minutos. —¿Diez minutos todavía?

Aquélla hizo reír a Alex, que estiró el brazo y le acercó un

cuenco lleno de fruta.

—Toma, así mantendremos la boca ocupada —dijo ofreciéndole una fresa.

Mientras Alex se la acercaba a la boca, Sophia creyó que se iba derretir. ¿No se daba cuenta de que no quería fresas sino besos, sus besos?

¿Por qué no se comportaba como el primer día en la playa? ¿Por qué no agarraba lo que quería sin miedo?

Alex le frotó los labios con la fresa y Sophia abrió la boca. Al morderla, la fruta estalló y el zumo le resbaló por la barbilla.

—Lo tenías planeado —sonrió Sophia.

—¿Te crees que tengo tanto poder? ¿Crees que puedo ordenar a una fresa que estalle? ¿Crees que le puedo decir a su jugo dulce y rosa que resbale por tu barbilla y vaya a parar a tu blusa?

—Sí —contestó Sophia observando el hililllo de zumo que le bajaba por el escote—. Mi blusa…

—Ya me ocupo yo.

—¿Tienes una servilleta?

—No —contestó Alex pulsando un botón que hizo que una vitrina oscura los separara del conductor—, pero tengo una idea.

Sophia aguantó el aliento mientras los dedos de Alex le desabrochaban los botones de la blusa.

—¿Te importa?

Sophia negó con la cabeza. Alex sonrió y continuó. En un abrir y cerrar de ojos, le había desabrochado tres botones y Sophia ya sentía su aliento en la piel.

—Sophia… —dijo Alex bajando la cabeza y besándole el pecho —. Eres tan dulce.

—Es el zumo de fresa —contestó ella con la respiración entrecortada.

—No, eres tú.

Con dedos expertos, Alex apartó el encaje de su sujetador y fue directamente por su pezón, duro y erecto. Sophia arqueó la espalda, rezando en silencio para que se lo lamiera. Eso fue exactamente lo que Alex hizo.

Sophia sintió que su cuerpo se tornaba fuego. Se sintió como un animal salvaje apresado. Sintió que perdía el corazón y, tal vez, también la cordura.

Gimió de placer cuando Alex comenzó a juguetear con sus pezones. Aquel sonido hizo que Alex se excitara todavía más y deslizara una mano entre las piernas de Sophia para acariciarla. Al hacerlo, Sophia se apretó contra él.

Entonces, la limusina se paró.

—Nos hemos parado —murmuró Sophia.

—Vaya —gruñó Alex.

—Supongo que eso quiere decir que tenemos que dejar esto para otro momento.

Alex maldijo y levantó la cabeza.

—Quiero conocerte bien, Sophia —dijo mirándola a los ojos.

—Ya nos conocemos bien…

—No —dijo Alex tomándole el rostro entre las manos—. Quiero conocerte de forma lenta y dulce y…

Sophia negó con la cabeza.

—No digas más —le dijo.

Lentamente quería decir pensando, lentamente quería decir preguntándose por el futuro, esperando algo más de lo que tenía derecho a esperar. Sophia no quería aquello.

Alex se incorporó.

—Muy bien, no diré nada más por ahora, por hoy, por esta noche.

En aquel momento, se abrió la puerta derecha de la limusina, pero antes de bajarse, Alex la miró muy serio.

—Pero te advierto que no voy a poder seguir controlando esto durante mucho más tiempo —le advirtió.

Sophia lo siguió con piernas temblorosas mientras le parecía sentir todavía sus besos en la piel y sus palabras en los oídos.

«No voy a poder seguir controlando esto durante mucho más tiempo».

Ella tampoco.

Capítulo 5

—Ya verás qué maravilla —anunció Fran mientras Cathy y ella escoltaban a Sophia a través de las puertas de Gershins Taffy Shop con tanta reverencia como si estuvieran entrando en la catedral más increíble del mundo en lugar de en…

—¿Una tienda de caramelos? —dijo Sophia mirando a su alrededor.

—No son sólo caramelos —contestó Fran—. Esto es como estar en el paraíso.

—¿Maná? —bromeó Sophia.

Cathy miró a Fran con cara de pena. —Pobre, es que nunca lo ha probado. Fran asintió.

—En cuanto lo haya probado, lo entenderá. Sophia siguió a sus nuevas amigas por el pasillo a cuyos lados se alineaban barriles de dulces. Sophia no pudo evitar reírse.

—¿Me estáis diciendo que estos caramelos son mágicos o algo así?

Cathy tomó un trozo de caramelo de un barril y se lo dio.

—Recuerda que los escépticos no suelen gozar de segundas oportunidades.

Sophia volvió a reírse y desenvolvió el caramelo. Lo cierto era que se lo estaba pasando de maravilla con aquellas mujeres, algo que no se producía muy a menudo en su vida.

Su trabajo de escritora la llevaba a trabajar sola en casa y no tenía mucha vida social. No tenía muchos amigos y no los solía ver muy a menudo. Ya de niña, al vivir en el barco de su abuelo, se

acostumbró a no tener muchas amistades y a ser bastante solitaria.

En el colegio, tenía algunas amigas con las que comía en silencio, pero cuando sonaba la campana corría junto a su abuelo, que era donde realmente se sentía a gusto.

Sinceramente, no había creído que fuera a sentirse de nuevo querida, pero con Fran y con Cathy se sentía muy bien. Por eso, cuando habían ido a buscarla hacía una hora y le habían sugerido que fuera con ellas a la ciudad, había accedido encantada.

Sophia se metió el caramelo de chocolate en la boca y se quedó alucinada.

—¡Dios mío! —exclamó—. Esto está…

—¡Lo ves! —dijo Cathy sonriente tomando un pirulí de manzana verde.

—Está… esto es…

Sophia no encontraba las palabras exactas para describir la explosión de chocolate que se había apoderado de su boca.

—Ya te lo habíamos advertido —dijo Fran poniéndole una mano en el hombro.

—De verdad, nunca había probado nada así —les aseguró Sophia—. No se por qué será… tal vez el chocolate de esta isla o…

—No intentes averiguarlo —le aconsejó Fran.

Cathy asintió.

—No, no te molestes en intentarlo. Es exactamente igual que un hombre.

Aquello hizo reír a Fran.

—A ver, cuéntanos en qué se parecen estos caramelos y un hombre.

—Una no debe intentar entenderlo —contestó Cathy metiéndose otro caramelo de manzana en la boca—. Hay que sentarse y disfrutar del momento.

—Eso me gusta —dijo Fran mordisqueando un caramelo de jengibre—. Éste también está buenísimo.

Sophia no pudo evitar pensar en Alex, en sus besos y en sus dulces caricias, en sus ojos… y pronto comenzó a escuchar palabras de deseo.

¿Cómo iba a disfrutar del momento si lo que le ocurría era que quería más? Era muy fácil hacerse adicta a un hombre como Alex.

Fran le dio un codazo a Cathy.

—No sé si hemos dicho algo que no debíamos.

—O si hemos dado en el blanco -contestó Cathy. —A ver… hombres, caramelos, disfrutar del momento, ojos soñadores y mejillas sonrojadas.

Fran sonrió.

—Ya veo por dónde vas. Sophia miró a ambas mujeres. —Pues yo no— comentó.

—¿Te estás enamorando de mi hermano? —preguntó Cathy yendo directamente al grano.

Sophia la miró sorprendida. —¿Qué?

—Sé que es muy guapo…

—Como su marido —intervino Fran—. También es brillante, generoso, bueno… —continuó Cathy.

—Chicas…

—Divertido, honrado y… —¿Increíblemente sexy?— dijo Sophia.

Fran y Cathy se quedaron mirándola y estallaron en carcajadas. Sophia se puso en jarras e intentó parecer enfadada, pero no le dio resultado. Transcurridos dos segundos, estaba riendo tanto como ellas.

Cathy la agarró del brazo, tomó una gran bolsa de caramelos y avanzó hacia la caja registradora.

—Desde luego, está claro que eres una de las nuestras.

—Me vais a dar de eso, ¿verdad? —preguntó Sophia señalando la bolsa.

—Sí, definitivamente es una de las nuestras —sonrió Fran.

El titular del periódico londinense dejó a Alex con los ojos como platos.

La ex mujer del príncipe heredero de Llandaron se casa con el presidente del Garrison Bank. La pareja espera su primer hijo para mayo.

Aquellas palabras enfadaron a Alex. ¿Por qué le molestaba tanto cuando no amaba a aquella mujer que nunca había querido tener hijos con él?

Sin duda, porque le recordaba su estrepitoso fracaso.

No era su ex mujer o su hijo lo que lo enfurecía sino sus propias incapacidades. Volvieron las mismas dudas de siempre. ¿Sería capaz de hacer feliz a una mujer? ¿Querría volver a asumir semejante

reto?

Entonces, pensó en su sirena.

Sí, con ella quería intentarlo, pero ¿era porque podía estar embarazada de él o por algo más?

¿Deseaba un heredero con tanta pasión que estaba dispuesto a volver a arriesgar el alma?

Alex se arrellanó en su butaca y la respuesta acudió a su cabeza rápidamente. Nunca.

El siguiente sábado a la seis de la mañana, Sophia supo que su vida había cambiado para siempre.

Una hora antes se había despertado con náuseas. Medio dormida, había ido al baño y había vomitado.

Se preguntó qué había cenado la noche anterior que le había sentado mal. Un filete con patatas y una taza de chocolate. Nada indigesto.

Entonces, un pensamiento se abrió paso entre la nebulosa.

«Dios mío», pensó apoyándose en la pared.

—¿Sophia? ¿Estás bien?

—Sí —se apresuró a contestar.

Alex no se dio por vencido.

—¿Puedo pasar?

Con el pulso acelerado, Sophia negó con la cabeza. No estaba preparada para aquello. Todavía no. No hasta que lo supiera a ciencia cierta.

—Estoy bien, Alex —le aseguró—. De verdad. Vuelve a la cama.

Alex no le hizo ni caso y abrió la puerta preocupado.

—¿Qué te pasa?

—Nada —contestó Sophia comenzando a lavarse los dientes.

Verlo, ver su rostro, hacía que todo pareciera diferente. Aunque pareciera una locura, Sophia sintió deseos de decirle que era muy posible que estuviera embarazada de él. Quería que Alex la abrazara y la cubriera de besos.

¿Pero qué ocurriría si su reacción no fuera aquélla y si no hubiera besos ni abrazos?

Seguro que querría al niño, pero no a su madre.

—Estás pálida como la pared —dijo Alex acercándose.

—Estoy bien. Ya me encuentro mucho mejor. Alex volvió a ignorarla, tomó una toalla y la mojó.

—¿Qué haces? —le dijo Sophia.

—Cállate y siéntate. —Alex, no hace falta…

—¿Por qué no dejas que sea yo quien decida?

Confía en mí.

Su sonrisa la desarmó y Sophia obedeció. —Muy bien.

Alex tomó el cepillo de dientes de su mano con cuidado y lo dejó en la encimera. A continuación, con ternura comenzó a humedecerla la cara.

La toalla mojada la hizo sentir bien y Sophia cerró los ojos.

—Qué gusto.

—¿Qué te había dicho? Yo nunca te haría algo que no te diera gusto.

—¿Me lo prometes?

—Solo placer —contestó Alex pasándole la toalla por los labios.

—No lo dudo.

Alex continuó sus maniobras en silencio. La frente, las mejillas, el cuello.

—¿Volviste a salir ayer con Fran y con Cathy a cenar pizza?

—No, cené carne con patatas.

—Quizás había alguna especia en las patatas que no te ha sentado bien.

—Quizás.

—O puede que estés enferma. —¿Enferma?

—Sí, un resfriado. —No creo—. ¿Sophia? —¿Mmm?—. Abre los ojos.

Sophia así lo hizo, pero al ver cómo la estaba mirando deseó no haberlo hecho.

—Dime la verdad.

—No se a qué te refieres —contestó Sophia con el corazón en un puño.

—Sí, lo sabes perfectamente —insistió Alex dejando la toalla en el lavabo. Alex…

—La verdad, Sophia. Por favor. —No lo sé.

—¿Qué quiere decir eso?

Aquello estaba yendo demasiado rápido. Sophia no estaba preparada para decir nada todavía.

¿Por qué no se habría quedado en la cama? ¿Por qué no le habrían dado las náuseas cuando él ya se hubiera ido?

—¿Sophia?

—Podrían ser las patatas, el estrés, un resfriado…

—Maldita sea, Sophia, la verdad.

Sophia sentía el corazón desbocado en el pecho.

—También podría ser que estuviera embarazada.

—Dios mío.

—Llevo dos días de retraso.

Un rato después, Alex se encontró fuera del baño intentando controlarse, paseándose arriba y abajo por el pasillo. Siempre se había sentido orgulloso de no perder la calma fácilmente y de ser un hombre muy racional.

Sin embargo, en aquellos momentos, no se sentía así en absoluto ya que detrás de aquella puerta se estaba decidiendo su futuro.

Quizás ya se había decidido cuatro meses antes, cuando había visto a Sophia en la cubierta del barco de su abuelo.

Alex se pasó los dedos por el pelo. Llevaba tantos años queriendo ser padre que la posibilidad de serlo lo llenaba de desesperación.

Si Sophia estuviera embarazada, ¿qué querría decir eso? ¿Cuál sería su futuro? A pesar de la situación y a pesar de que la necesitaba, estaba decidido a no entregarse jamás a nadie. Eso lo tenía claro.

Se giró hacia la puerta y levantó la mano para llamar, pero la volvió a bajar.

¡Qué tortura!

Capítulo 6

¿Era demasiado pronto para tomarse una copa? Miró la hora. Las once de la mañana. Muy pronto.

—¿Alex?

Alex se apresuró a abrir la puerta y a asomar la cabeza. Sophia salió del baño con la cara pálida. Alex la miró a los ojos, pero no vio nada en ellos.

—Hola —sonrió ella tímidamente.

Se quedaron mirando en aquel pasillo bañado por la luz de la mañana, los dos incómodos, ninguno preparado para la conversación que iba a tener lugar.

Sophia tomó aire.

—Me he hecho la prueba.

—Sophia, me estás matando —protestó Alex—. No tienes de qué preocuparte. —¿Qué demonios significa eso?—. Que no vas a tener cargas extra.

—¿Cargas? —exclamó Alex suspirando impaciente—. Nunca he dicho que tener un hijo fuera una carga…

Sophia se pasó una mano por el pelo. Estaba nerviosa.

—No ha hecho falta que lo dijeras, Alex. Sé lo que pasaste con tu ex mujer.

—¿Qué tiene que ver eso?

—No tuviste un matrimonio fácil. Cinco años así es mucho tiempo… —contestó Sophia tocándole el brazo—. Me has dejado muy claro que estás disfrutando enormemente de tu libertad.

—Mi libertad no se basa en no tener hijos, Sophia.

—Ya, pero sí en no tener nada con una mujer —dijo ella apartando la mano.

Alex no dijo nada. No le interesaba hacer una sesión de terapia ni hablar del pasado. Sólo quería respuestas y estaba acostumbrado a conseguir casi siempre lo que quería.

—¿La prueba ha dado negativo? —preguntó apretando los dientes—. ¿Es eso lo que me estás diciendo?

Sophia lo miró a los ojos.

—Sí.

Alex había supuesto que se iba a sentir aliviado si ése fuera el resultado pues Sophia y él eran sólo amantes, no pareja, pero lo cierto fue que lo sintió profundamente.

—Así que me voy —anunció Sophia levantando el mentón—. En cuanto mi barco esté reparado, me voy a Baratin y luego a casa.

Alex sintió que el corazón se le rompía ante aquella noticia, pero no estaba dispuesto a admitirlo. Era mejor que Sophia se fuera y siguiera su camino.

Aunque él se volviera loco.

Asintió y se alejó.

—Me voy a mi despacho.

Sophia estaba sentada bajo un precioso cielo en el césped del palacio, bajo la sombra de un cerezo. Sacó el bastoncito blanco con dos rayas azules del bolso y se lo quedó mirando con una mezcla de terror y felicidad.

Había mentido.

Un hijo… el hijo de Alex… crecía en sus entrañas, pero ella le había dicho que la prueba de embarazo había dado negativo.

Se avergonzó. Jamás había hecho algo así, tan cruel y egoísta. Lo había hecho por miedo.

Tras escucharlo en el picnic del sábado anterior, tras haber escuchado la historia de un matrimonio infeliz con una mujer que no lo quería, Sophia no había querido convertirse en una carga para él.

Aquello había cambiado aquella mañana cuando Alex le había dicho que sí quería un hijo, pero no una esposa. Entonces, el miedo se había apoderado de ella.

Alexander Thorne era príncipe y un hombre muy poderoso. Si quisiera, le podría quitar a su hijo en el hombre de Llandaron.

No estaba actuando como solía hacerlo. Normalmente, Sophia no huía de los problemas.

¿Estaba haciendo lo correcto para el niño?

Oyó un ruido a sus espaldas y, cuando se giró, una lengua rosada le dio en el rostro. Aquello la hizo reír y olvidarse por un momento de sus preocupaciones.

—¿Cómo has llegado aquí, pequeña?

El precioso cachorro de perro lobo ladeó la cabeza y ladró.

—Te has escapado, ¿eh?

La respuesta fue otro lengüetazo.

Sophia sonrió y acarició al cachorro.

—Sabes que siempre serás bien recibida a mi lado.

Aggie agitó la cola, dio un par de vueltas y se tumbó a su lado.

—Te adora.

Sophia sonrió. Conocía aquella voz. Hacia ella iban Ranen y Fara.

—Ranen lleva todo el día intentando enseñarla a que se tumbe —sonrió la elegante tía de Alex.

Sophia levantó las manos.

—No he hecho trampas, de verdad. No tengo beicon en los bolsillos.

Ranen se rió.

—¿Nos podemos sentar contigo? —preguntó Fara—. Se está muy bien a la sombra de este árbol.

—Por supuesto —contestó Sophia.

La pareja se sentó apoyando la espalda en el árbol. No se agarraron de la mano, pero estaban muy juntos.

—Cuando Alex era pequeño, se subía a este cerezo y se quedaba horas ahí arriba —suspiró Fara.

—¿De verdad?

—Sí, era un verdadero soñador.

—No me lo puedo creer.

Fara sonrió.

—Por supuesto, se hacía el serio cuando estábamos cerca. Su título y posición se lo exigían, pero cuando estaba solo se relajaba.

Ranen asintió.

—Tenía sueños. Recuerdo uno. Quería una esposa a la que pudiera amar y una prole a la que poder enseñar a explorar y a

amar el mar tanto como él —dijo—. Pero siempre tuvo muy claro qué era lo que debía hacer.

—¿Casarse con una mujer a la que no conocía? ¿Tener un heredero? ¿Encargarse de su país? —dijo Sophia aburrida.

Ranen asintió.

—Hay que tener una mente muy disciplinada para hacerlo —contestó.

—¿Y hay que dejar morir los sueños?

—No creo que ese sueño haya muerto —sonrió Fara con tristeza—. Quizás, lo haya apartado hasta…

—¿Hasta? —dijo Sophia.

—Hasta que algo o alguien le haga recordarlo.

Sophia se sonrojó y bajó la mirada. Aquella mujer parecía capaz de leerle el pensamiento y Sophia no quería que supiera lo que había hecho.

«Hasta que algo o alguien le haga recordarlo».

Sí, Sophia quería que Alex se reencontrara con aquella parte de sí mismo, con aquella parte increíble y libre que apenas existía ya, ¿pero era ése su destino? ¿Era ése el destino de su hijo? ¿Debía ayudar a un hombre que no quería ayuda?

—No hay que dejar pasar las oportunidades —le dijo Fara acariciándole la mano.

—Lo sé —contestó Sophia—. Pero es que… —Sería mejor que siguieras tus propios consejos— las interrumpió Ranen.

Fara lo miró sorprendida y confusa. —¿Por qué dices eso? Ranen se puso en pie de repente—. Sabes perfectamente por qué lo digo.
—No, no lo sé.

El hombre frunció el ceño, se giró y se alejó murmurando algo que Sophia no acertó a oír. —Lo siento, querida— se disculpó Fara.
—¿Estás bien?— le dijo Sophia al notar que le temblaba la mano.

—Ranen quiere que… quiere que… —dijo Fara sacudiendo la cabeza—. Te he dicho que no hay que dejar pasar las oportunidades, pero no estoy tan segura cuando estamos hablando de segundas oportunidades.

Fara no dijo nada más y Sophia no quiso insistir. Era obvio que ambas tenían que tomar decisiones difíciles.

Aquella vez, fue Sophia la que tomó entre sus manos las de Fara para consolarla.

A las ocho y media de aquella noche, Alex llegó a casa.

Estaba cansado y frustrado. Había tenido mucho trabajo aquel día, pero sólo había podido pensar en una cosa: Sophia.

Le gustara o no, no podía hacerse a la idea de que se fuera a ir y le volvía loco que aquella mujer tuviera tanto poder sobre él.

Era una locura como necesitaba verla, escucharla, tocarla…

—Hola, ¿tienes hambre? —le preguntó ella en tono jovial.

—Me has leído el pensamiento —contestó Alex encantado de verla.

Sophia sonrió.

—Pues ten cuidado con lo que piensas.

—¿Qué más lees en mi mente?

Sophia se quedó mirando al techo como si estuviera intentando captar algo más y aquello dio oportunidad a Alex para fijarse en ella.

Llevaba un vestido azul marino y estaba descalza, con el pelo recogido en una coleta y sin apenas maquillaje sobre su rostro pecoso. Estaba increíblemente guapa, elegante a la par que casual. Perfecta.

—Madre mía —exclamó Sophia de repente—. Acabo de leer otra cosa.

—¿Algo calenturiento?

—Mucho.

—Eso me pasa siempre que estoy contigo.

Sophia lo miró sorprendida.

—Oh, gracias, supongo —contestó sonrojándose.

—No me malinterpretes —dijo Alex acercándose—. Ha sido un cumplido.

—Seguro que eso se lo dices a todas las princesas o condesas o marquesas con las que sales —sonrió Sophia encogiéndose de hombros.

—No salgo con mujeres —contestó Alex—. Y, aunque lo hiciera, no suelo decirle a una mujer en qué estoy pensando. Sophia parecía tan sorprendida como él. Era cierto que Alex no solía hablar de lo que pensaba, así que, ¿por qué sí lo hacía con ella? Sophia no era una princesa, sólo una sirena de San Diego, de ojos verdes y pelo colorado, que lo había despojado de todo control desde la primera vez que la había visto.

—¿Nos sentamos? —sugirió Sophia dando un paso atrás y señalándole la mesa—. El estofado se va a quedar frío.

—¡Estofado!

—¿No te gusta? —dijo ella apesadumbrada.

—Me encanta —le aseguró Alex quitándose la chaqueta y sentándose—. Hace muchos años que no lo como porque no suelen servir este tipo de comida en los pretenciosos restaurantes a los que me veo obligado a ir.

—Entiendo.

—Siempre he pensado que era un gran error.

Sophia asintió y sonrió antes de sentarse a su lado. Alex había esperado que se sentara enfrente de él, pero tenerla cerca le encantó.

—Eres muy diplomático, Alex —dijo sirviéndole el estofado—. Me dices eso para que no me sienta mal por servirle comida de plebeyo a un príncipe. Crees que así me voy a sentir bien.

Alex le acarició la mejilla.

—Te aseguro que hay formas mucho mejores de hacerte sentir bien —le dijo.

—¿Ah, sí? —dijo Sophia con la respiración entrecortada—. ¿Por ejemplo?

Alex sonrió y se inclinó sobre ella, pero en lugar de besarla le mordisqueó el labio inferior haciéndola gemir de placer. Sophia cerró los ojos.

Alex quería más y era obvio que ella también, pero no estaba dispuesto a poseerla sobre la mesa. No sería justo después de que le hubiera preparado la cena.

No, debía esperar.

—Eres increíble, Sophia —le dijo volviéndose a sentar, tomando la cuchara y probando el estofado—. Y esto está increíblemente bueno —murmuró—. Gracias.

Sophia lo miró mientras comía y se dio cuenta de que ella no tenía hambre. No sabía si era por el beso o por la mentira, pero lo que sí tenía claro era que no podía seguir huyendo.

Aquella tarde, sentada junto a Fara, se había dado cuenta de que no podía engañarlo, no podía ser tan cobarde. Su hijo merecía tener una familia y Alex merecía tener la oportunidad de ser padre.

No la quería a ella, eso lo sabía, pero estaba segura de que jamás

le quitaría a su hijo. Por lo menos, Sophia rezaba para que así fuera.

Esperó a que Alex hubiera terminado con la cena, tomó aire y se lanzó.

—Alex, te tengo que decir una cosa.

—Parece serio —comentó él terminándose el vino.

—Lo es.

—¿Te han dicho que van a tardar otro mes en darte el barco?

Sophia lo miró a los ojos y vio deseo y esperanza. Era obvio que no quería que se fuera, que no quería que lo que había entre ellos, fuese lo que fuese, se terminara.

Lo que más le apetecía del mundo a Sophia era tomarlo de la mano y conducirlo a su dormitorio para que le hiciera el amor durante toda la noche. Su cuerpo se moría por sentirlo, pero antes debía decirle la verdad.

—¿Qué ocurre, Sophia? ¿Algo va mal?

La vergüenza se apoderó de ella, pero debía seguir adelante.

—Esta mañana, cuando te dije que la prueba de embarazo dio negativo…

Cuando se interrumpió, los ojos de Alex se llenaron de reproche.

—Continúa —le ordenó con arrogancia, como si estuviera hablando con un criado que estuviera a punto de hacer una confesión.

—Te he mentido —concluyó Sophia haciendo un esfuerzo sobrehumano—. ¿Qué?

—No es verdad… lo que te he dicho.

—Estás… estás…

—Sí, estoy embarazada, Alex.

Alex se levantó con tanta fuerza de la mesa que su vaso cayó al suelo y se rompió. Sophia se quedó mirándolo y sintió como si con su confesión también se hubiera roto algo entre ellos. —¿Cómo me has podido hacer esto?— ladró él.

—La única excusa que tengo, si es que lo quieres saber en realidad, es que tenía miedo —contestó Sophia sinceramente.

—¿De qué?

—Del futuro. El futuro de mi hijo y el mío. —¿Por qué?

—Porque quiero estar con él… Alex la miró con recelo.

—Me has mentido una vez. ¿Cómo sé que me estás diciendo ahora la verdad?

Sin decir una palabra, Sophia sacó del bolso la prueba de embarazo y se la dio.

Alex la miró con cautela.

—Esto lo cambia todo —sentenció.

—Sé que este hijo es tuyo y entiendo lo que eso significa.

—¿De verdad? —preguntó Alex preocupado—. Tal vez, no del todo, pero soy consciente de que tendré que vivir en Llandaron…

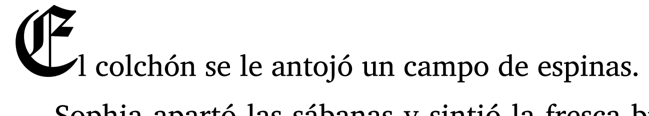
—No sólo en Llandaron.

—¿Qué quieres decir?

—El niño debe vivir conmigo. Alex, no te precipites… —Y tú también. Alex…

—Sophia, debes casarte conmigo.

Capítulo 7


El colchón se le antojó un campo de espinas.

Sophia apartó las sábanas y sintió la fresca brisa nocturna sobre la piel. Normalmente, el sonido y el olor de la brisa oceánica obraban maravillas en su mente, pero no era así aquella noche.

Miró el reloj que tenía sobre la mesilla. Medianoche.

Hacía cuatro horas que le había confesado su secreto a Alex. Tras la ira y la sorpresa, le había dicho que se iban a casar.

No era de extrañar que después de aquella conmoción la brisa no la calmara.

Acostumbrado a que sus órdenes se cumplieran sin dilación, Alex no se había molestado en esperar su respuesta. Se había limitado a salir por la puerta y se había ido a la playa, donde había estado durante horas.

Sophia lo había oído volver cuando ella ya estaba en la cama.

«Casarme con el príncipe heredero de Llandaron», murmuró.

Casarse con Alex. Sonrió. Sí, le gustaba aquel hombre. Sí, quería criar a aquel hijo con su padre.

Sin embargo, la incertidumbre del futuro la llenaba de miedo y no saber qué sentía el príncipe por ella la desazonaba.

¿Qué quería de ella?

Era obvio que se estaba dejando llevar por el instinto y el protocolo. Tal vez, casarse con la madre del heredero al trono de Llandaron era una ley o algo parecido. ¿Quién sabía? Pero Sophia no venía de un mundo así. En su mundo, uno se casaba con la persona de la que estaba enamorado.

Sophia se incorporó y puso los pies en el suelo. Aunque Alex no quisiera hablar del futuro que había decidido para ambos, ella necesitaba hacerlo.

Ataviada sólo con su pijama blanco y azul, salió al pasillo y se dirigió a su habitación suponiendo que si ella no estaba dormida era muy probable que él tampoco lo estuviera.

Llamó a la puerta.

Lo oyó suspirar.

—No es una buena idea, Sophia.

—Tenemos que hablar, Alex.

—Vuelve a la cama.

—No puedo dormir y es obvio que tú tampoco —contestó abriendo la puerta y entrando sin esperar su permiso.

Craso error.

En la chimenea de mármol negro que había junto a la cama de dosel, lucía un fuego que iluminaba a Alex y revelaba su torso fuerte y musculoso y sus brazos desnudos. Como desnudo estaba todo él aunque tapado con la sábana a partir de la cintura.

Tenía el pelo revuelto y sus ojos color amatista lo miraban sensuales.

Sophia se quedó mirándolo, deseando que le abriera los brazos y le ordenara que se metiera en la cama con él.

—Ya te he dicho que no era una buena idea —sonrió Alex.

—¿Por qué? ¿Porque estás en la cama desnudo?

—Supongo que sí.

—No me da vergüenza, Alex —le aseguró Sophia.

«Me excita, pero no me da vergüenza», pensó. —Me alegro de saberlo. Al fin y al cabo, ya nos hemos visto… Alex se rió y se colocó las manos en la nuca—. La verdad es que, ahora que lo dices, lo justo sería que tú también te desnudaras. —¿Cómo dices?— dijo Sophia sorprendida. —Es lo justo, ¿no?

—¿No estás lo suficientemente enfadado conmigo para no desearme?

Alex la miró de arriba abajo.

—No creo que eso sea posible. No creo que jamás pueda estar tan enfadado contigo como para no desearte.

Sophia sintió que el corazón le daba un vuelco.

Aquel lugar, aquel fuego y las olas del mar, aquel hombre y

aquellos ojos que la estaban desnudando… todo era tan excitante. Su piel se moría por ser acariciada, por ser tocada… Todo su cuerpo gritaba de deseo. ¿Cuándo? ¿Ahora? Sí…

Pero no debía dejarse llevar. Todavía no. No hasta que hubieran hablado de su boda.

Alex, tenemos que hablar.

—Siéntate —le indicó él dando un golpe en el borde de la cama.

—Estoy bien de pie.

—No digas tonterías. Estás muerta de frío. Ven junto al fuego a calentarte.

¿Calentarse? ¿Más?

Sin embargo, como una niña que no supiera decir que no a un caramelo, avanzó hacia él y se sentó en el borde de su cama intentando controlar la respiración.

—Ahora, cuéntame qué te trae a mi habitación a las doce de la noche.

—Lo de nuestra boda.

—¿Qué pasa con nuestra boda?

—Hablemos en serio.

—Te aseguro, Sophia, que lo digo en serio.

—¿Es que acaso hay alguna ley en Llandaron que te obliga a casarte con la madre de tu hijo?

—No.

—Entonces, no tenemos que estar casados para compartir a nuestro hijo, ¿verdad?

—Estamos hablando de la monarquía. Hay normas tácitas que debemos cumplir —dijo Alex cruzándose de brazos—. No estamos hablando de algo pasajero, Sophia. Mi hijo es el heredero al trono. El o ella debe crecer en una casa donde haya un padre y una madre.

—¿De verdad quieres volver a pasar por ello? ¿De verdad quieres casarte con una mujer a la que no amas por el bien de tu país?

—No lo hago por mi país sino por mi hijo —contestó Alex con orgullo.

—Qué bonito sacrificio —comentó Sophia con amargura.

Aun así, entendía la actitud de Alex. Ella también estaba dispuesta a hacer lo que fuera por su hijo.

—Sophia. —Dime.

—No te creas que no siento nada por ti.

Sophia levantó una mano.

Alex, no hace falta que…

—Es verdad que no te puedo querer —la interrumpió él—. No tengo esa capacidad. Ese don. Debe de ser que no lo llevo en los genes —añadió encogiéndose de hombros—. Pero sí hay algo entre nosotros, hay pasión, hay necesidad, deseo…

—Todo físico.

Alex negó con la cabeza.

—No necesariamente. La necesidad y el deseo pueden ir mucho más allá del aspecto físico.

Así que la apreciaba, le gustaba y la necesitaba de alguna manera, pero lo cierto era que jamás se hubiera ofrecido a casarse con ella si no estuviera embarazada.

Sophia recordó la tarde en la que su barco había golpeado contra las rocas y todo lo que había sucedido hasta aquel momento, hasta verse sentada en la cama de Alex.

Dejó caer la cabeza entre las manos y suspiró.

—No me puedo creer que haya dejado que ocurriera todo esto.

—Pero ha sucedido, Sophia, y debemos hacer lo mejor para nuestro hijo.

—Por supuesto…

—Entonces, está todo arreglado. Nuestro hijo crecerá en una familia.

Sophia lo miró. Una familia. Llevaba casi un año sin tener al lado alguien a quien realmente amara. Se encontraba sola y lo cierto era que con la familia de Alex estaba a gusto. Y lo que era más importante: su hijo se merecía aquella familia.

—Sophia, ¿en qué piensas?

—En que estoy dispuesta a sacrificar lo que sea por el bien de mi hijo. Incluso mi…

—¿Felicidad? ¿Deseos?

—Sí.

—Si me dejas, estoy dispuesto a satisfacer uno de ellos ahora mismo.

Sophia sintió que el corazón le daba literalmente un vuelco. El atractivo de aquel hombre era explosivo y dejarse abrazar por él le pareció en aquellos momentos el paraíso, pero ¿sería suficiente?

¿No se arrepentiría más tarde cuando estuviera tumbada a su lado sabiendo que Alex no podía darle nada más?

Se puso en pie.

—Creo que ya nos hemos dicho todo lo que teníamos que decirnos.

—¿Quieres que esperemos a la noche de bodas? —dijo Alex—. Muy bien, me parece mucho mejor.

—Buenas noches, Alex —contestó Sophia.

Alex sonrió.

—Qué tengas dulces sueños, Sophia.

Sophia se alejó de su futuro marido con el pulso acelerado y salió de su dormitorio tras haberse cerciorado de que había cerrado bien la puerta.

—A mí me gusta el color crema.

—El verde pálido le queda precioso -comentó Cathy con un vestido en la mano.

—¿Verde? —protestó Fran—. No puede ir de verde el día de su boda. —¿Por qué no?

—Chicas —intervino Sophia—, no olvidéis que esto es una farsa no una boda por amor, no hay nada de romántico en todo esto.

Ambas mujeres se giraron hacia ella con el ceño fruncido.

Aquélla hizo reír a Sophia.

—Hay que ser realista.

—Yo soy realista —le aseguró Fran—. Tú te estás enamorando de él, Sophia, y a mí eso me parece muy romántico.

Cathy asintió.

—Y él también se está enamorando de…

—No lo digas —la interrumpió Sophia—. Te equivocas. Tu hermano se va a casar conmigo única y exclusivamente por nuestro hijo.

Sophia había decidido mantener su embarazo en secreto hasta que Alex hubiera hablado con su padre, pero a Fran y a Cathy no se lo había ocultado pues le había resultado imposible. Aquella pareja se estaba convirtiendo en lo más parecido a dos hermanas que Sophia había tenido jamás y, al compartir su secreto con ellas, había querido darles a entender que se consideraba una de ellas. Por eso, cuando aquella mañana habían salido las tres de compras, se lo había contado todo. Lo de la boda y lo del niño.

Tanto Cathy como Fran se habían mostrado felices y le habían dado ánimos.

—Puede que el niño sea lo que ha dado el empujón a la boda, pero… —dijo Fran sentándose a su lado.

Sophia negó con la cabeza.

—Alex me dijo muy claramente que es incapaz de amar.

—Eso es porque se deja llevar por el miedo —dijo Cathy sentándose también a su lado—. Debes entender que si mi hermano baja la guardia, que si te dice lo que de verdad siente por ti, se arriesga a volver a sufrir.

—¿Qué quieres decir? —dijo Sophia.

—No estaba enamorado de su ex mujer, pero te aseguro que se preocupaba por ella y que intentó que su relación funcionara —contestó Cathy.

—Y mira lo que pasó —concluyó Fran—. Ella lo abandonó, lo humilló y lo hizo sentir como si hubiera perdido el control y como si no pudiera volver a hacerse cargo de sí mismo ni de nadie más. ¿Es esa situación no te daría también a ti miedo volverte a fiar de tu corazón?

—Por supuesto, pero…

—Dale una oportunidad —le pidió Cathy—. Podría ser la mejor decisión de tu vida.

Sophia albergaba esperanzas mientras las escuchaba. Alex lo había pasado muy mal y no quería arriesgar. Sophia lo entendía, pero ¿sería capaz algún día de amarla?

Nadie tenía la respuesta a aquella pregunta. Sophia debía concentrarse en el presente, en crear una buena familia. Eso no quería decir que fuera a perder las esperanzas de tener algún día lo que tenían Cathy y Fran.

Sophia sonrió a sus nuevas hermanas, su nueva familia.

—Creo que prefiero el verde.

Allí estaba de nuevo, vestido con sus mejores galas y ante el mismo cura que lo había casado por primera vez.

Alex tomó aire para calmarse.

La verdad era que aquella vez era diferente. Debía admitirlo. En lugar de los mil amigos y parientes que habían acudido a su primera boda hacía cinco años, aquel día sólo se habían congregado ciento cincuenta personas en la pequeña capilla del palacio.

Además de la diferencia de invitados, aquella vez Alex tenía muy claro por qué se casaba y no albergaba esperanzas absurdas.

Iba a tener un hijo.

Con ella.

De reojo, mientras el cura continuaba con la ceremonia, Alex miró a Sophia.

Ella lo sonrió tímidamente.

Jamás había visto una mujer tan encantadora. Llevaba un vestido por los tobillos de seda verde pálido que le favorecía sobremanera. Se había dejado el pelo suelto y estaba radiante por el embarazo.

Alex se moría por besarla.

Se había dicho que no debía sentir nada aquel día, pero cuando había visto a su futura mujer avanzando por el pasillo hacia él no había podido evitarlo. Se había sentido atraído por ella y había sentido unas increíbles ganas de protegerla.

—¿Toma a esta mujer…? ¿Alteza? —dijo el cura interrumpiendo sus pensamientos.

—Sí, quiero —contestó Alex.

—Sophia Rebeca Dunhill, —¿tomas a este hombre por esposo para amarlo, honrarlo y obedecerlo hasta que la muerte os separe?

Sophia enarcó una ceja y miró a Alex, que sonrió. Se preguntó si sería capaz de contestar «a todo que sí menos a lo de obedecer». Sí, sería capaz. Era una mujer llena de vitalidad, apasionada y Alex sabía que siempre le daría problemas, pero ésa era una de las cosas que más le gustaba de ella.

Sophia lo miró a los ojos, dejándole claro que jamás obedecería a nadie, pero sonrió con cariño.

—Sí, quiero.

—Por el poder que me ha sido concedido, yo os declaro marido y mujer. Puede besar a la novia, Alteza.

Alex sintió que el pecho le explotaba. Sophia ya era su mujer. Le levantó el velo y se inclinó sobre ella.

Alteza —dijo antes de besarla con ternura.

Sabía a menta y Alex se dijo que quería mucho más. En aquellos momentos, no podía ser pues había mucha gente alrededor. Se apartó de ella y la tomó de la mano para conducirla por el pasillo hasta el jardín donde iba a tener lugar la celebración.

Había jarrones con ramos de brezo rosa y violeta por todas partes. Entre ellos, los criados desfilaban con profesionalidad repartiendo champán y canapés de caviar. Los invitados bebían, comían y charlaban mientras Alex pensaba que, definitivamente, aquella boda no tenía nada que ver con la anterior.

Cuando el rey, ataviado con su impresionante uniforme, llegó todo el mundo le hizo una reverencia. Su padre hizo un gesto de bienvenida con la mano y cruzó el jardín en dirección a Alex y a su esposa.

Alex se quedó estupefacto ante la sonrisa de felicidad que vio dibujada en el rostro de su progenitor. Lo cierto era que su padre no se había enfadado ante la noticia de que iba a tener un hijo y se iba a casar con Sophia. Al contrario, se había ofrecido para encargarse de la organización del evento.

—Sophia —le dijo tomándole la mano entre las suyas—, ahora eres una de mis hijas. Espero que eso te haga tan feliz como a mí.

—Así es, Majestad —contestó Sophia sonriente—. Perdí a mi padre cuando era muy pequeña y el año pasado…

Ah, sí, al hermano de Ranen.

Sophia asintió.

—No te preocupes, querida. Ahora, nos tienes a nosotros.

—Gracias, señor.

—¿Bailamos? —propuso el rey mirando a su hijo—. Si tu marido no tiene inconveniente, claro.

—Ningún inconveniente por mi parte —sonrió Alex.

Alex observó cómo su padre conducía a Sophia a la pista de baile para bailar el vals. Ranen y Fara los siguieron y pronto todos los invitados estaban bailando.

Casi todos.

—Enhorabuena, hermano —dijo Maxim acercándose con una cerveza—, pero ¿no deberías estar tú bailando con tu mujer?

—Ya sabes que no bailo.

—Sí, es cierto —suspiró Maxim mirando hacia la pista de baile —. Sophia es toda una belleza. Alex asintió.

—Sí, lo es.

—Mujer e hijo —comentó Dan colocándose a su lado—. Ahora sí que eres uno de nosotros. —Eso parece. Ah, ya verás qué bonito es el embarazo -se burló Maxim—. Náuseas matutinas…

—Cambios de humor —añadió Dan chasqueando la lengua.

—Antojos nocturnos. Ya sabes, helado con chocolate con nata por encima.

Dan sacudió la cabeza.

—No, a mí me tocó pollo frito.

—Desde luego, suena agotador —comentó Alex mientras observaba cómo un duque español bailaba con Sophia.

—No dejes que nuestras quejas típicamente masculinas te influyan —rió Dan—. Lo cierto es que ser padre es una maravilla, ¿verdad, Maxim?

—Verdad. No hay nada mejor en la vida que tu esposa, la mujer a la que amas, esté embarazada de tu hijo.

Las palabras de su hermano le llegaron al corazón.

—Sí… —dijo Alex con frialdad.

—¿Por qué pones esa cara? —preguntó su cuñado.

Alex observó a la pareja formada por su esposa y el duque español bailando y sintió celos. Sí, era cierto que no era capaz de sentir amor, pero sí era capaz de sentir celos.

Sin embargo, Cuando Sophia se giró hacia él y le imploró con los ojos que la rescatara, se dio la vuelta. No podía permitirse el lujo de sentir celos. Sentir celos era una debilidad y él no podía ser débil.

Si quería que su matrimonio saliera bien, no debía permitir que Sophia se diera cuenta de que tenía celos. Ya había perdido muchas veces el control con ella y mira dónde le había conducido.

Alex se giró hacia su hermano e hizo algo que jamás hubiera soñado con hacer.

—Necesito estar solo.

—¿Qué? —exclamó Maxim.

—Me voy a mi casa de la playa.

Alex, ¿pero qué dices? No te puedes ir y dejar a tu mujer…

—Por favor, no me digas lo que puedo y no puedo hacer.

Era cierto que abandonar su propia boda no estaba bien, pero le daba igual. Su primer matrimonio se estaba mezclando en su cabeza con el segundo y lo estaba volviendo loco.

Necesitaba estar solo:

Alex, ¿por qué no nos tomamos una copa y nos tranquilizamos? —propuso su cuñado.

—Gracias, pero esta noche prefiero beber solo.

—¿No te importa cómo vas a quedar? —le dijo Maxim agarrándolo del brazo.

—Le diré al rey que me ha surgido un asunto urgente.

—¿Y qué le decimos a Sophia?

Alex se encogió de hombros.

—Lo que queráis —contestó alejándose.

Capítulo 8

La luna confería a la playa una iluminación fantasmagórica.

Aunque Sophia estaba desesperada por llegar hasta Alex, inerte estatua mirando al mar, avanzó lentamente hacia él.

Alex, que estaba con los brazos cruzados y las piernas estiradas, ni siquiera la miró cuando Sophia se sentó a su lado.

—Sabía que estarías aquí —comentó ella de manera casual.

—¿Para qué me buscabas?

Sophia no se inmutó ante la brusquedad de su contestación. Al fin y al cabo, no era propio de ella acobardarse cuando los demás estaban enfadados. Además, ahora aquel hombre era su esposo, con todas sus virtudes y todos sus defectos.

—Lo sabes perfectamente —contestó.

A Sophia le hubiera gustado decirle que se preocupaba por él y que sabía que estaba incómodo con la situación, pero no se atrevió. Alex no estaba preparado para escuchar aquello.

—Necesitaba salir de allí —sonrió—. Tu padre ha dado una bonita fiesta. La orquesta se ha negado a seguir tocando valses hasta que les dejaran interpretar una canción de rap.

—¿De verdad? —preguntó Alex secamente.

—No —suspiró Sophia poniendo los ojos en blanco.

Obviamente, el humor no iba a funcionar.

—La verdad es que me ha molestado que me dejaras en la fiesta con tu familia y tus invitados —contestó sinceramente—. Quería echarte un buen rapapolvos.

Alex la miró con una mezcla de frustración y deseo.

—Así que querías echarme un rapapolvos, ¿eh?

Sophia sintió un delicioso escalofrío de sensualidad por todo el cuerpo.

—Algo así.

—Bueno, entonces, será mejor que entremos. Sophia negó con la cabeza.

—No, todavía no. Tenemos que hablar. Quiero saber por qué te has ido.

—Me tenía que ocupar de un asunto. —Claro, ha surgido una emergencia, ¿verdad?— se burló Sophia.

Alex la miró sorprendido.

—¿Es eso lo que te ha dicho Maxim?

—Sí, no podía ni mirarme a los ojos mientras me lo estaba diciendo.

—No debería haberle cargado con esa responsabilidad.

—No, desde luego que no —sonrió Sophia a pesar de que quería estar enfadada con él—. ¿Sabes que eres un engreído?

—Sí, lo sé —contestó Alex con algo parecido a una sonrisa en los labios.

Sophia suspiró mientras las olas rompían en la orilla. No sabía qué dirección tomar, como llegar a él.

—Alex, si queremos que esto funcione, ¿no crees que deberíamos por lo menos intentar ser amigos?

—No quiero ser tu amigo. —No estás siendo razonable…

—Te he dicho que no quiero ser tu amigo. —¿Entonces qué quieres?— exclamó Sophia frustrada.

—¡Maldita sea, Sophia! —¿Qué?

Alex gimió y la miró con impaciencia.

—Esta conversación me va a volver loco.

¿Para qué has venido? ¿Qué quieres de mí? —Quiero que me hables—. ¿De qué?

Sophia se encogió de hombros.

—Se me da bien escuchar y, tal vez, hablar del pasado, de tus sentimientos, te podría ayudar.

—No quiero que me rescates del pasado —contestó Alex con los dientes apretados—. ¿Entonces? ¿Prefieres seguir anclado a tu ex mujer para ver si eso te protege?

—Creí que eras escritora, no psiquiatra —rió Alex con frialdad.

Sophia nunca se había visto en una batalla tan encarnizada. Su abuelo era un hombre cabezota, pero no tanto. Alex estaba completamente cerrado a los sentimientos. No quería sufrir.

Era obvio que el príncipe Alexander no estaba acostumbrado a entregarse a nadie y Sophia se estaba cansando de luchar con él. —Muy bien, Alex— dijo levantándose para irse a casa—. Tú ganas. No te voy a suplicar. Alex la agarró de la muñeca.

—Maldita sea, Sophia, ¿no lo entiendes? Soy yo el que suplica. —¿Tú?

—Pareces sorprendida.

—Lo estoy. No te puedo imaginar haciendo algo tan…

—¿Tan qué?

De repente, Alex la apretó contra su cuerpo mientras la brisa del mar jugaba con su vestido de novia.

—¿Tan básico? ¿Tan desesperado? ¿Tan vulgar?

—No, tan sincero.

Alex se tensó como si le hubiera golpeado y maldijo como si le hubiera herido. Se inclinó sobre ella.

—Soy sincero. Nunca he negado que te deseo. Ni a ti ni a mí.

Sophia apenas podía respirar. Su cuerpo estaba reaccionando ante su cercanía, ante su olor, ante su frustración.

—Lo que hay entre nosotros es algo más que físico, ¿no crees?

—No puede ser —contestó Alex con voz ronca.

—¿Te crees que para mí resulta fácil, Alex?

Alex no contestó. Se limitó a besarla haciéndola sentir que se quemaba por dentro.

Sophia intentó hablar.

—He perdido a todos los que amaba. ¿Te crees que quiero atarme a alguien? ¿Confiar en alguien? ¿Volver a sufrir?

—Yo nunca te haría daño…

—No me prometas eso.

Alex le acarició el pelo.

—Sophia, tú has perdido a tu familia por causas naturales, no porque no hayan querido quedarse contigo…

—Pero sigo teniendo mi orgullo —insistió Sophia—. Este matrimonio es arriesgado para los dos. Nos da miedo. Pero lo hemos hecho y yo sé que jamás… te dejaré.

—No me prometas eso —dijo Alex apretando los puños.

—Te lo prometo porque puedo hacerlo —insistió Sophia apretándose contra él y sintiendo su erección—. Te lo prometo porque quiero estar contigo.

—Sophia…

—Al menos, yo tengo el valor de perseguir lo que quiero.

—¡Maldita sea!

Sin decir nada más, la tomó en brazos como si no pesara más que un grano de arena y la metió en casa.

La última vez que habían hecho el amor había sido de manera rápida, salvaje e incluso un poco peligrosa.

Pero aquella vez, Sophia se prometió a sí misma que iban a ir despacio, que iban a disfrutar el uno del otro porque necesitaban desesperadamente conectarse.

Al llegar a su dormitorio, Alex no la dejó en la cama como ella había esperado. No, Alex la sorprendió dejándola de pie ante sí. Se quedó mirándola fijamente.

—Estás preciosa —le dijo—. Cuando te vi aparecer por el pasillo, creí que me volvía loco.

—Lo siento —sonrió Sophia.

—No te creo —sonrió él.

—Tienes razón —admitió Sophia—. No lo siento en absoluto.

En un rápido movimiento, Alex se situó detrás de ella. Sophia fue a girarse hacia él, pero él la paró con una sola palabra.

—Por favor.

Aquello hizo que Sophia se estremeciera de excitación. ¿Qué le iba a hacer?

—Ésta es nuestra noche de bodas, Sophia —susurró Alex mientras comenzaba a desabrocharle el vestido—. Ésta es nuestra noche de bodas y no te he comprado ningún regalo.

—No hace falta que me des nada —le aseguró Sophia con la respiración entrecortada.

—Sí, tú te lo mereces todo.

Sophia sufría por el dolor y el tormento de Alex. Tenía todo lo que quería, riqueza, poder y la admiración de sus súbditos, pero su orgullo había sufrido por un horrible matrimonio.

Alex quería más de aquel matrimonio, de Sophia, de lo que jamás admitiría. Sophia lo sabía. También sabía que iba a tener que ser paciente, que iba a tener que mostrarse cariñosa y tierna con él

hasta conseguir que se abriera a la verdad.

Tal vez, entonces, Alex quisiera aceptar lo que ella estaba deseosa de darle.

Sintió que el vestido verde pálido caía al suelo y se echó hacia atrás para sentir su torso con la esperanza de que Alex la abrazara. Pero Alex no había terminado de desnudarla. Con dedos expertos, le desabrochó el sujetador, le bajo los tirantes y dejó que cayera también al suelo.

Sophia tomó aire cuando sintió cómo sus dedos se deslizaban hacia sus braguitas. Con un movimiento suave se las bajó y la dejó completamente desnuda ante él.

—No te he comprado ningún regalo —repitió Alex acariciándole la tripa.

Sophia le puso la mano encima, justamente donde crecía su bebé.

—Éste es el mejor regalo que me podrías haber hecho.

—Sophia, cariño —murmuró Alex con voz ronca besándola en el cuello mientras deslizaba las manos hacia sus piernas.

Sophia emitió un sonido gutural cuando los dedos de Alex avanzaron entre los rizos de su entrepierna.

—Abre las piernas —le susurró él al oído.

Sophia se apretó contra su erección, que sentía en las nalgas, y satisfecha obedeció.

Alex se colocó frente a ella y le acarició los pechos con una mano mientras con la otra la penetró, primero un dedo y luego el otro. En el interior de Sophia, se encontró con miel líquida.

—Mantén las piernas abiertas —le ordenó.

Sophia se sentía avergonzada porque nunca la habían acariciado así, nunca se había sentido tan expuesta, pero se dio cuenta de que se estaba enamorando perdidamente de aquel hombre.

Era su marido, su amante y, si quería que Alex se sintiera a gusto y libre a su alrededor, debía dejarlo hacer.

—Estoy muy excitado —susurró Alex mientras jugueteaba con uno de sus pezones—. Y tú estás muy húmeda —añadió acariciándole el clítoris con el pulgar.

Sophia comenzó a temer que no iba a aguantar mucho más tiempo de pie. Sentía una especie de electricidad en la tripa que casi le hacía daño.

Sin embargo, aguantó y disfrutó de aquella sensación gimiendo mientras la brisa del mar entraba por la ventana. No iba a aguantar mucho más. Debía rendirse a Alex.

De repente, oleadas de placer se apoderaron de su cuerpo y le hicieron gritar. Cuando cesaron, se sintió de maravilla, pero quería más.

Quería a Alex.

Sin pensárselo dos veces, le pasó los brazos por el cuello y lo besó con pasión. Sentía su erección en la tripa y era sumamente erótico estar completamente desnuda mientas él seguía vestido.

Sin embargo, necesitaba sentirlo dentro, así que le quitó la chaqueta, le desabrochó los pantalones y lo condujo a la cama.

Alex se colocó encima de ella y comenzó a lamerle los pechos y Sophia no pudo evitar preguntarse cómo podía ser tan abierto con sus deseos y tener tan cerrado el corazón.

La lengua de Alex se movía por sus pechos de forma circular y Sophia dejó caer la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Cuando sus labios succionaron el pezón, gritó de placer.

¡Perfecta tortura!

Sophia arqueó la espalda, dándole a entender que lo quería dentro de su cuerpo.

—Dime que me deseas, Sophia —dijo Alex mirándola a los ojos.

—Mucho, Alex —le aseguró ella con pasión.

—Esto no será malo para el niño, ¿verdad?

—No, en absoluto.

Alex se quitó los pantalones y los calzoncillos y le separó las piernas. Mientras se colocaba entre ellas, le masajeó la entrepierna haciéndola jadear.

Alex se introdujo en su cuerpo de una sola embestida y la llenó de acero grueso y duro y de una ternura que jamás admitiría. Sophia lo sentía dentro de sí. Su deseo y su pulso latiendo en su interior.

Le clavó las uñas en la espalda justo antes de que Alex gimiera y se dejara ir. Ella lo siguió al cabo de un segundo.

Los rayos del sol entraban por la ventana y bañaban la habitación. La brisa marina agitaba las cortinas. Todavía con los ojos cerrados, —Alex alargó el brazo. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan bien, tan relajado. La noche anterior, Sophia se había

mostrado salvaje. Se había entregado sin ningún tipo de cortapisa.

Su esposa.

Alex esperaba que aquella nueva situación lo incomodara, pero no fue así. Aquello le pareció extraño y un poco desconcertante.

Esperaba que una gloriosa noche de pasión no le hubiera hecho cambiar de opinión. No, debía mantener el control. Podía tener ambas cosas: el calor de su mujer sin tener que comprometerse y hacer promesas.

Alargó el brazo buscándola, pero lo único que encontró fueron las sábanas revueltas. Sintiéndose vacío, se levantó y fue a buscarla al salón. Tampoco estaba allí. Ni en el baño, ni la cocina, ni en la playa.

El vacío se tornó preocupación.

El reloj marcaba las ocho. ¿Dónde habría ido tan pronto un sábado? Además, era su primer día como marido y mujer.

De repente, un montón de preguntas a las que no quería contestar se agolparon en su cabeza.

¿Lo habría abandonado? ¿Se habría arrepentido de decirle que iban a criar a su hijo juntos?

—Buenos días, Alteza.

Alex se giró y se encontró con su increíblemente bella mujer en la puerta.

—¿Dónde estabas? —le preguntó bruscamente.

—Me parece que alguien se ha levantado con el pie izquierdo esta mañana —sonrió Sophia—. He ido a comprar el desayuno. No había nada en el frigorífico.

—No deberías salir sola —la reprendió—. Ahora, eres la princesa de Llandaron.

—Relájate. Sólo he ido a la ciudad, he comprado unas cosas y he vuelto. No pasa nada.

—¿No pasa nada? —dijo Alex apretando los dientes—. Te podrían haber secuestrado o… debes entender cuál es ahora tu lugar.

Alex, voy a hacer como que no te he oído decir eso —dijo Sophia yendo a la cocina y sacando las cosas de las bolsas—. Sospecho que todo esto no tiene nada que ver con la posibilidad de que me secuestren, pero también sé que no me vas a decir por qué te has puesto así en realidad, ¿verdad?

—No hay nada más que decir —ladró Alex.

—Muy bien. Debes entender que esto de ser princesa es nuevo para mí, pero te aseguro que a partir de ahora cuando salga lo haré siempre acompañada por un guardaespaldas. ¿Contento?

—Bien —contestó Alex—. ¿Qué has traído? —Galletas con arándanos, mantequilla y miel —sonrió Sophia.

Alex se quedó sin palabras. —¿Cómo sabías que…?

—¿Que es tu desayuno favorito?

Alex no sabía qué pensar. Averiguar cuál era su desayuno preferido era algo que una mujer hacía por su… marido.

«Que es exactamente lo que somos», se recordó.

Sí, algo así era lo que hacía una mujer enamorada de su marido.

Alex la miró a los ojos. ¿Estaba Sophia enamorada de él? Sabía que se sentía atraída por él, pero de ahí a estar enamorada de él…

—¿Por qué has hecho esto? —le preguntó.

Sophia frunció el ceño.

—¿Cómo que por qué? Porque sabía que te iba a gustar.

Alex no podía consentir que Sophia lo amara.

—Muchas gracias, pero…

—Pero he cruzado la línea invisible que has trazado entre tú y el resto del mundo, ¿verdad? —dijo Sophia dejándose caer en un taburete.

—Simplemente, no quiero que haya confusiones.

—¿Confusiones sobre qué?

—Da igual lo que hagamos en el dormitorio, pero nunca debes olvidar quién soy.

—¿El príncipe heredero? —dijo Sophia secamente.

—Un hombre que jamás te querrá.

Capítulo 9

—¿No se supone que deberíais estar de luna de miel?

—Se supone —contestó Sophia con la perrita de Ranen en el regazo—. No sabía dónde ir.

Ranen le acarició la mano en un movimiento rápido.

—Ya sabes que aquí puedes venir cuando quieras.

Sophia se lo agradecía inmensamente. Ranen era parte de su familia y lo más cercano que tenía a su abuelo. En aquellos momentos, necesitaba su consuelo.

—¿Quieres contarme que ha ocurrido? —preguntó Ranen encendiendo la pipa.

Sophia se encogió de hombros, pero terminó confesando.

—Es Alex. —Continúa.

—Para mí, este matrimonio es muy serio. —¿Y crees que para él no?

—Creo que para él la unión es seria, pero el matrimonio… —suspiró Sophia—. Estoy enamorada de él, Ranen.

—Lo sé.

—Pero él no se enamorará de mí jamás.

—En eso te equivocas.

—No, no me equivoco. Me lo ha dejado muy claro.

Aggie bostezó y se estiró y su pata delantera fue a parar a la mano de Sophia, que no pudo evitar sonreír ante aquel gesto de solidaridad.

—Lo que le ocurre a Alex es que se está enamorando de ti y no quiere hacerlo. Por eso lucha —le aseguró Ranen.

Sophia recordó la noche anterior, en la que Alex se había mostrado tan maravilloso. La había acariciado con veneración. Durante aquellas maravillosas horas, había sido su marido.

Aunque la ceremonia y la celebración no habían sido precisamente ideales, su regalo de la noche de bodas había sido increíble.

«Un regalo perfecto para una pareja imperfecta», pensó Sophia con tristeza.

—Si eso es cierto, si se está enamorando de mí a su pesar, ¿quién crees que ganará? ¿El príncipe de Llandaron, controlado y serio o su amor?

La pregunta pareció tomar a Ranen por sorpresa.

—No te lo podría decir. Los dos son buenos oponentes.

Aquella situación le recordaba a Sophia a sus padres, dos personas que siempre estaban discutiendo. Ninguna ganaba.

—Quiero que mi hijo crezca en una familia llena de amor, no como…

—¿La tuya? Sophia asintió.

—Mis padres apenas se hablaban. Ni siquiera eran amigos, Ranen.

—No lo pienses más, cariño. Llandaron es un lugar especial. Aquí hay magia.

—A mí no me vendría mal un poco de magia. —La magia se apodera de ti cuando más la necesitas.

—¿Entonces, por qué no ha acudido en tu ayuda? —le preguntó Sophia sin pensar.

—¿En mi ayuda?

Sophia vio la sorpresa en sus ojos, pero continuó porque Ranen era su familia y quería que fuera feliz.

—A mí me parece que esa magia de la que hablas lleva persiguiéndote ya bastante tiempo, pero tú la rehuyes.

Ranen frunció el ceño.

—No me da miedo esa mirada, Ranen. Tu hermano la tenía igual y siempre que yo hacía algo que no le gustaba me miraba así, así que intenta otra cosa.

—Me parece a mí que has comido demasiados caramelos de esos que les gustan a Fran y a Cathy —contestó el anciano con frustración—. Te han taladrado el cerebro.

—Esto no tiene nada que ver con los caramelos sino con el amor.

—¿Con el amor?

—Tú estás enamorado de Fara.

Ranen abrió la boca y se le cayó la pipa al suelo.

—Y Fara está enamorada de ti.

—Tonterías…

—Sí, está enamorada de ti.

—Silencio —dijo Ranen impaciente.

—Tienes que hacer algo antes de que sea demasiado tarde —insistió Sophia.

—Sé perfectamente lo que tengo que hacer. No hace falta que vengas tú a decírmelo…

Sophia lo miró tan desafiante que lo hizo callar.

—Arrepentirse de algo que no se ha hecho es espantoso, Ranen.

—La sobrina dándole al tío abuelo un consejo. Esto es… esto es…

—Esto es la familia, Ranen y la familia es siempre una bendición.

El anciano se quedó mirándola fijamente y Sophia se preguntó si la iba a echar de su casa, pero entonces ocurrió algo increíble. Tal vez, fuera un poco de aquella famosa magia de Llandaron.

—Tienes razón —sonrió Ranen.

Aquello hizo que Sophia se emocionara y le dio fuerzas para seguir adelante, para intentar entender al hombre al que amaba y para luchar por su hijo.

Por fin la había encontrado.

Alex había ido a la casa de la playa, al taller de barcos y, por último, a casa de Ranen buscándola.

Al final, desesperado, se había ido a la ciudad a tomar una cerveza y allí la había encontrado.

Estaba en la acera de Gershins Taffy, con un guardaespaldas al lado y cincuenta niños alrededor.

El primer impulso de Alex había sido acercarse a ella, pero no lo hizo. Sophia estaba hablando y riendo con los niños, preguntándoles cuáles eran sus animales favoritos y qué les gustaría que hicieran. ¿Volar? ¿Bailar? ¿Eructar?

Al oír aquello, Alex estalló en una carcajada tan fuerte que

temió que todos se fueran a girar hacia él, así que dio un paso atrás y se escondió.

Era obvio que los niños la adoraban, que querían estar cerca de ella. Sophia tenía una relación especial con ellos. Alex nunca había visto a nadie tan dispuesto a jugar sin ningún tipo de vergüenza.

Desde luego, Sophia iba ser una madre maravillosa.

Alex se preguntó preocupado qué tipo de padre iba a ser él.

En aquel momento, Sophia lo vio y Alex se dio cuenta de que parecía incómoda. Se debía de estar preguntando qué hacía él allí, si había ido de buenas o de malas. Alex se dio cuenta de que su presencia la había puesto nerviosa.

No podía culparla por ello después de cómo le había hablado aquella mañana. Lo cierto era que a Alex no le hubiera extrañado que no le dirigiera la palabra, pero Sophia no era así.

Tras haber dado las gracias a los niños con una sonrisa radiante, fue hacia él. Su guardaespaldas la siguió, pero mantuvo una distancia respetuosa.

—Buenas tardes, Alteza.

Alex le tomó la mano y se la besó.

—Lo mismo digo, Alteza.

Sophia apartó la mano.

—Parece que te estabas divirtiendo —comentó Alex.

—Esos niños son divertidos y pacientes y me estaban ayudando con mi libro.

—¿Te está costando centrarte?

—Sí.

Alex miró a su alrededor por si alguien los estuviera escuchando.

—A mí también.

Ante aquella confesión, Sophia lo miró a los ojos.

—¿Y qué sugieres que hagamos al respecto? ¿Quieres que no nos veamos?

Alex se dio cuenta de que estaba enfadada y se sintió avergonzado.

—No sería muy práctico, ¿verdad?

—Verdad.

A su alrededor, los habitantes de Llandaron se estaban empezando a parar y a mirar. Normalmente, cuando iba a la ciudad, pasaban de largo y saludaban con la mano, pero como se

acababan de casar el día anterior no estaban siendo tan generosos.

—¿Damos un paseo? —propuso Alex ofreciéndole su mano.

—Muy bien —contestó Sophia dándose cuenta de la situación.

Con el guardaespaldas siguiéndolos, Alex la llevó por varias calles hasta que llegaron a una que estaba bastante vacía. Una vez allí, le indicó un banco blanco en el que se sentaron.

—¿Qué te parece si intentamos no volver a pensar ni a razonar? —propuso Alex.

—¿Lo dices en serio? —dijo Sophia sorprendida.

—Sí.

—¿Y qué me dices de los falsos juicios?

Ante su franqueza, Alex se tensó, pero admitió que debía ser igual de sincero.

—Me abstendré de emitir juicios —prometió—. ¿Durante cuánto tiempo? Alex sonrió.

—Todo el que pueda.

Sophia también sonrió.

—Así que nada de pensar ni de razonar, sólo vamos a… —Experimentar—. Ya disfrutar. —Sí.

—Muy bien.

Alex la tomó de la mano y sonrió cuando Sophia no la retiró. —¿Vienes conmigo?—. ¿Adónde? —Es una sorpresa.

Sophia no se lo podía creer.

En la pantalla había algo muy chiquitito, del tamaño de un cacahuete, nadando en mitad de la oscuridad. Al principio, no lo vio, pero a medida que el médico fue moviendo la sonda por su tripa apareció ante sus ojos.

—¿Es mi hijo? —consiguió preguntar con un nudo en la garganta.

—Sí, Alteza, es muy pequeño todavía, pero es su hijo —contestó el médico real.

Sophia sintió que se le saltaban las lágrimas. Una vida estaba creciendo en sus entrañas. Una vida que habían creado Alex y ella. ¡Cuánto lo quería!

—El heredero al trono de Llandaron —concluyó el médico solemnemente.

Sophia sonrió nerviosa. Sí, su hijo era el heredero. Iba a ser príncipe.

Sophia pensó cuánto le había cambiado la vida en pocas semanas mientras Alex se acercaba a ella con los ojos fijos en la pantalla. Hacía cinco meses estaba sola, sin familia, pocos amigos y la inspiración muerta.

Ahora, tenía un marido, una familia, un tío, un país, el corazón lleno de historias y, sobre todo, un hijo.

Alex arrugó el ceño y señaló la pantalla.

—¿Qué es eso, doctor?

—El corazón del bebé, Alteza.

Alex le apretó la mano a Sophia sin darse cuenta.

—Late muy rápido…

—Es perfectamente normal, Alteza —lo tranquilizó el médico.

—Es precioso —dijo Sophia.

—Sí, Alteza, lo es.

«Alteza». ¿Se acostumbraría algún día a que la llamaran así? Parecía demasiado título para Sophia Dunhill de San Diego, acostumbrada a navegar en el barco de su abuelo siempre manchada de helado.

—Los dejo a solas —anunció el médico poniéndose en pie.

Cuando se hubo ido, Sophia se giró y miró a su príncipe. Qué guapo estaba con aquel traje negro, el pelo algo revuelto, la piel bronceada y aquellos ojos del color de la amatista.

Y era todo suyo.

—¿Te ha gustado la sorpresa? —le preguntó Alex acariciándole la mejilla.

—Mucho, gracias.

—Considéralo una disculpa.

—¿Por qué?

Sophia lo sabía perfectamente, pero necesitaba oírselo decir.

—Por mi horrible comportamiento de esta mañana —sonrió Alex.

—Ah, sí —sonrió también Sophia.

—¿Aceptas mis disculpas?

—Mmm —contestó ella—. Creo que debería castigarte de alguna manera, ¿no?

Alex se inclinó sobre ella y le dio un beso que la dejó sin aliento.

—¿Así por ejemplo?

—Vas por buen camino, sí —rió Sophia.

—¿Quieres más?

—Por supuesto que sí.

—¿Besos o caricias? —dijo Alex deslizando su mano dentro de la blusa de Sophia hasta encontrar su sujetador.

—Las caricias me gustan —contestó Sophia tragando saliva.

Aquél era el momento más erótico y romántico de su vida. Aquello era una locura. Jamás hubiera imaginado que estar tumbada en una mesa de observación, completamente vestida, besando a su marido mientras el médico podía entrar en cualquier momento le fuera a parecer romántico.

Pero se lo parecía.

—¿Tú crees que al doctor le importaría que tos quedáramos aquí un rato? —propuso Sophia en un susurro.

Alex sonrió.

—Aunque la propuesta de hacerte el amor aquí mismo es tentadora, tengo otros planes para nosotros —contestó acariciándole un peón.

—Creí que…

—Esto ha sido sólo el principio, Sophia —sonrió—. ¿Nos vamos? Tenemos que volver a casa para cambiarnos porque te voy a llevar a cenar al cine.

—¿Una cita?

—Exactamente.

—Cena, cine y ¿después que?

—Hacemos las paces.

—¿Las paces u otras cosas?

—Me vuelves…

—¿Loco?

—No, feliz.

Alex no podía creer lo que acababa de de oír, pero para los oídos de Sophia fue música celestial y, decidida a que a Alex no le diera tiempo de echarse atrás, lo agarró de la mano 7 tiró de él.

—Vamos, Alteza, vamos a casa.

Capítulo 10

Alex abrazó a Sophia y disfrutó de la suavidad de su piel y del calor del fuego de la chimenea que tenían al lado.

—Dímelo —le dijo besándola con ternura entre las sábanas revueltas.

—Te vas a reír —contestó Sophia.

—¿Te parece que soy un hombre que se ría con facilidad?

—Buena pregunta.

Alex la abrazó todavía con más fuerza. Era increíble, pero no le bastaba. Quería sentirla todavía más cerca, le gustaría que se metiera por debajo de su piel y llegara hasta su corazón.

Aquello era una locura.

El era Alexander Thorne, el hombre que siempre mantenía el control, y allí estaba entregándose sin reservas. Claro que había prometido no pensar.

—Sea lo que sea, Sophia, te prometo que trataré de conseguirlo.

—Muy bien —suspiró ella—. Flan con nata.

—Mmm, no sé si vamos a tener que esperar a mañana.

—¿No hay bares abiertos después de las tres la madrugada?

—Me temo que no, pero podría despertar a alguien de palacio para que te lo hicieran.

—No, jamás haría algo así —dijo Sophia apoyando la cabeza en su hombro—. Puedo esperar a mañana.

Su piel y su manera de moverse lo convertían en un hombre débil. Él, que no conocía la debilidad, se quitaba el sombrero ante aquella belleza pelirroja de mente rápida y lengua vivaracha.

—¿Quieres algo más? —le preguntó Alex.

—¿Qué me ofreces?

En un rápido movimiento, Alex la colocó encima de él.

—Me ofrezco yo —contestó sintiendo su humedad sobre su erección—, pero yo también quiero satisfacción.

—Por supuesto.

—Me apetece algo dulce.

—¿Qué tienes en mente? —sonrió Sophia.

Alex la agarró de las caderas y deslizó sus nalgas sobre su pecho hasta colocarla a pocos milímetros de su boca.

Sophia se sentía perdida y poderosa a la vez. Aquella noche había sido una experiencia increíble. Alex la había acariciado y le había hecho el amor en cuerpo y alma, pero ella no se hacía ilusiones.

Alex le acarició la entrepierna y Sophia comenzó a respirar de manera entrecortada. Suspiró y se preguntó cómo sería. Ningún hombre le había hecho aquello. ¿Qué sentiría cuando su lengua encontrara su clítoris?

El amor se mezcló con el deseo al darse cuenta de que su marido, el hombre del que estaba enamorada, iba a ser el primero.

A continuación, cuando sintió el primer lametazo, la mente se le quedó en blanco. Una oleada de estremecimientos se apoderó de su cuerpo. A aquel primer lengüetazo siguieron muchos más hasta que Sophia creyó que ya no iba a poder aguantar el placer.

—Alex… —jadeó dándole a entender que era toda suya.

—Lo sé, preciosa, lo sé.

Sophia sintió su cálido aliento en la entrepierna y sus manos en las nalgas. Cuando todo su cuerpo se estremeció de placer, se apresuró a descender hasta encontrar su erección y la introdujo en su interior.

—Sophia…

Al sentir el calor de su miembro dentro de ella, Sophia ahogó un grito de placer. Era como estar en casa de nuevo.

Estaba segura de haber encontrado a su media naranja.

Ojalá Alex pensara lo mismo de ella.

La tristeza que le produjo aquel pensamiento quedó disipada cuando Alex la agarró de las caderas y profundizó su penetración.

Amanecía ante ellos y el sol comenzó a elevarse como un

melocotón gigante.

Sophia se arrebujó contra Alex bajo la manta mientras la brisa de la mañana jugaba con su pelo.

¿Era posible que su vida se estuviera arreglando?

Sophia se había enamorado de aquel país y de su nueva familia. Estaba inmensamente agradecida a sus nuevas hermanas, a su suegro y al destino por haberle dado la oportunidad de conocer a su tío.

Pero sobre todo estaba agradecida por pertenecer a una familia, por ser parte de la familia de Alex.

—¿Cómo eras de pequeña, Sophia?

Aquella pregunta la sorprendió. No solamente porque ella también hubiera estado pensando en la familia sino porque ambos llevaban en silencio mucho rato…

Hacía media hora que Alex le había propuesto, tras hacer el amor tres veces, que fueran a tumbarse en la playa pues ninguno de los dos tenía sueño.

—Yo diría que era curiosa y que, cuando me comprometía a hacer algo, apostaba por ello —contestó—. Además, también era bastante creativa.

—Sí, te pega todo, pero…

—¿Pero?

—Me parece que te has olvidado de una cosa.

—¿Ah, sí? —dijo Sophia enarcando una ceja.

Alex asintió y sonrió.

—Estoy seguro de que también eras terca.

—¿Y qué te hace creer eso?

—¿De verdad me estás pidiendo ejemplos, Sophia? —dijo Alex chasqueando la lengua.

—Está bien, está bien, admito que a lo mejor era un poco terca…

—¿Un poco?

—Está bien. Era terca. Era muy terca. Era más terca que una mula. ¿Contento?

—Encantado —contestó Alex.

Aquello hizo reír a Sophia. Le encantaba hablar con Alex así. Además de amantes, eran amigos.

—¿Sabes una cosa? Además de terca, era soñadora. Me daba

igual que fuera o no el momento apropiado, de vez en cuando me ponía a soñar despierta.

—¿Y con qué soñabas? —quiso saber Alex abrazándola.

—Con el futuro.

«Con encontrar a alguien de quien enamorarme de verdad, alguien como tú», pensó Sophia.

—¿Y cómo te veías en ese futuro?

—Bueno, cuando tenía cinco años, quería tener la mayor colección de Barbies del mundo —rió Sophia—. Luego, decidí que quería ser médico, pero cuando empecé a escribir cuentos me di cuenta de que eso era realmente lo mío.

—Tienes suerte de haber hecho realidad tus sueños —contestó Alex muy serio.

—¿Y cómo eras tú de pequeño?

—Era listo.

—Naturalmente.

—Guapo.

—Por supuesto.

—Y, probablemente, demasiado serio.

—¡No! —se burló Sophia.

—Conque burlándote del príncipe de Llandaron, ¿eh? —dijo Alex colocándose encima de ella.

Sophia apretó las caderas contra su erección.

—¿Cuál será mi castigo? ¿Diez años de cárcel?

—Por lo menos, veinte —contestó Alex con fingida severidad—, pero me parece que se me ha ocurrido algo mejor. —¿Ah, sí?

—Sí, tortura. Te voy a torturar sensualmente para que te comportes mal una y otra vez.

Aquel juego hizo que Sophia sintiera una excitación increíble, le pareció que tenía la piel en llamas mientras su cuerpo se estremecía de deseo.

—Lo soportaré —contestó.

Pero Alex no siguió por aquellos derroteros tal y como ella había esperado.

—Sophia, quiero que nuestro hijo sueñe —le dijo sin embargo.

Aquello hizo que a Sophia se le saltaran las lágrimas de emoción, pero las contuvo pues no era lo que Alex necesitaba en aquellos momentos.

—Soñará —le prometió sonriente—. Nos aseguraremos de ello. -Sí Alex la besó con ternura.

—Sí.

Sophia le pasó los brazos por el cuello y lo miró a los ojos. Allí vio su corazón, su dolor y sus sueños.

—Se me acaba de ocurrir una idea perfecta para un cuento —exclamó de pronto—. ¿Qué?

—Sí, el cuento que estoy escribiendo. Me estaba costando mucho, pero ahora sé cómo seguir, Alex.

Alex la besó con pasión.

—Me encanta verte así de feliz.

«Te quiero», pensó Sophia mientras se besaban.

—Has sido tú el que me ha dado la idea, Alteza —sonrió.

Alex la besó por el cuello hasta llegar con sus labios a sus pechos.

—¿Te inspiro? —preguntó con la respiración entrecortada.

—Más de lo que te imaginas —contestó Sophia mientras su marido se metía bajo las sábanas para juguetear con sus pezones.

—Estoy orgulloso de ti, hermano.

—¿Por haber aceptado tus consejos para el dormitorio de mi hijo? —dijo Alex mientras entraba acompañado de Maxim y de Cathy en la mejor tienda de bebés de Llandaron.

—No, estoy orgullosa de ti porque te veo interesado por tu hijo —contestó Cathy tomándolo del brazo—. Creí que nunca te iba a ver entrando en una tienda de niños pequeños.

—No es nada del otro mundo —dijo Alex—. Sophia está muy ocupada escribiendo y quería ayudar, sorprenderla con unas cuantas compras.

—Exacto. Quieres agradarla, quieres verla feliz —insistió Cathy.

—Cathy…

—¿Por qué te avergüenzas?

—No me avergüenzo…

—Me alegro porque te estás convirtiendo en un marido maravilloso te guste o no.

Lo cierto era que aquella palabra siempre le había hecho sentir amargura, pero últimamente, gracias a cierta pelirroja, ya no le ocurría eso.

—¿Cuál crees que le gustaría más a Sophia, el blanco o el verde?

—le preguntó a su hermana.

—¿Tú qué crees?

—Déjate de jueguecitos, Cathy. No tengo mucho tiempo.

—Exacto —contestó su hermana señalando una mantita rosa preciosa—. ¿No deberías estar trabajando en estos momentos? Jamás antes te había visto tomarte un día libre.

—Al final, vas a conseguir que me arrepienta de haber dicho que vinieras conmigo.

—Lo siento —sonrió su hermana—. No quería tomarte el pelo, pero es que…

—¿Qué?

—¿No te has dado cuenta de que tu sueño se ha hecho realidad, Alex?

—No se a qué te refieres.

—La preciosa sirena que salía del mar con su pelo rojo resplandeciente y sus ojos verdes centelleantes, que te miraba y te hacía sentirte una persona diferente, como si pudieras volar, ya está aquí.

—Te equivocas. Las cosas no son así entre Sophia y yo.

—¿Ah, no?

—No.

—Entonces, ¿cómo son?

—Nos hemos casado y vamos a tener un hijo.

—¿Así de sencillo?

Llegados a aquel punto, Alex sintió deseos de darle un puñetazo a la pared. A él tampoco le había pasado desapercibido el hecho de 9 se había casado con la mujer de sus sueños…

¿La mujer de sus sueños? ¿De dónde había salido aquellas palabras? Los hombres corto no tenían aquel tipo de pensamientos. Aque no eran más que tonterías.

—¿Te gusta esta librería? —se apresuró a preguntar con la esperanza de que Cathy no y viera al tema anterior.

No hubo suerte.

—Sophia no es Patrice —dijo su hernia acercándose a él.

—¿Qué?

—Sophia no es Patrice y tú ya no eres aquel hombre que tuvo un matrimonio infeliz durante cinco años.

—Ya lo sé, Cathy —dijo Alex frunciendo ceño.

—Pues no lo parece. A mí me parece que sigues llevando el peso de aquella relación en las espaldas. Me parece que te da miedo entregarte en cuerpo y alma a Sophia porque, si las cosas salen mal, no crees que fueras capaz d aguantarlo.

—No quiero seguir hablando de esto —dijo Alex apretando los dientes.

—Pero si no has hablado todavía —insistió hermana.

—No sé si me gustan demasiado las mujer tan modernas como tú.

—Pues va a ser mejor que te vayas acostumbrando porque no soy sólo yo sino también tu cuñada y, lo que es más importante, tu esposa _sonrió Cathy.

—Es terca, ¿verdad? —murmuró Alex para sí mismo recordando su conversación.

_Pobre Alex. Te has enamorado por completo —dijo Cathy.

La taza de té que Sophia tenía a su izquierda estaba sin tocar y se estaba enfriando por momentos, pero no importaba. Era la primera vez desde la muerte de su abuelo que el té o la magdalena o lo que se llevaba mientras escribía no había sucumbido antes de la primera línea.

Pero aquel día estaba siendo diferente, como toda la semana.

… Della Denkins tuvo tres sueños aquella noche y todos los niños a los que bendijo se despertaron llenos de esperanzas y felicidad.

Sophia levantó la mirada y sonrió encantada. Había terminado el cuento. Después de casi un año de bloqueo, lo había escrito en tan sólo una semana.

Era un cuento del que estaba muy orgullosa, un cuento que iba a dedicar a su marido y a su hijo pues no era un cuento de animales que hablaban o de un niño perdido que buscaba un nuevo amigo.

Aquel cuento era un cuento de sueños.

De repente, se dio cuenta de que tenía hambre, así que se levantó y fue a la nevera. «Marchando dos sándwiches de mantequilla de cacahuete».

Alex le había dicho aquella mañana que tal vez, si le daba tiempo, iría a comer a casa. Sophia sacó la mermelada del armario y se dijo que seguro que iba. Llevaban toda la semana comiendo juntos.

De nuevo, compartirían un sándwich y se contarían lo que habían hecho por la mañana. Hablaban y reían mucho y compartían ideas sobre lo que querían para su hijo. Hacían el amor todas las noches y dormían abrazados.

El suyo era un matrimonio bien avenido.

Completamente feliz, Sophia sacó dos rebanadas de pan de la bolsa y comenzó a untar mantequilla de cacahuete, pero de repente sintió un brutal dolor en el abdomen que la hizo doblarse por la mitad.

Sophia tomó aire varias veces para intentar calmar el dolor, pero no lo consiguió. Iba a más. Sintió que el cuerpo se le tensaba de pánico. Agarrotada por el dolor, llegó hasta el teléfono.

«Por favor, Dios mío, que no pierda el niño», pensó.

Sophia sintió una horrible punzada de dolor en la entrepierna y no pudo descolgar el auricular.

—¿Sophia?

Capítulo 11

Sophia apenas oyó el timbre y la voz de su cuñada.

—¿Sophia, estás en casa? Soy yo, Fran.

Con las pocas fuerzas que le quedaban, Sophia gritó el nombre de la persona a la que más necesitaba en aquellos momentos. —Alex…

Alex volvió a casa con una gran sonrisa. No podía evitarlo. Se moría por volver a ver a su esposa.

Lo cierto era que se sentía feliz desde que la había visto por primera vez. ¿Acabaría algún día la intensidad de aquellos sentimientos? ¿Volvería a ser el príncipe Alexander, serio, controlado y nada romántico?

Alex dejó el maletín junto a la puerta y se dijo que no quería volver a ser aquel hombre. Sophia Dunhill lo había cambiado y le gustaba tal y como era hora.

—Cariño, ya estoy en casa —dijo buscándola en el salón.

El día anterior, cuando había llegado, Sophia lo estaba esperando sentada en la mesa del comedor completamente desnuda. Con una sonrisa picarona le había hecho sentarse y comerse el sándwich entero antes de darle el postre.

Increíble tortura.

Ese día era él quien le había llevado su postre preferido: flan con nata. Su intención era dárselo él mismo. Si la encontraba, claro.

Alex la buscó por todas partes, imaginándosela esperándolo en los rincones más insospechados de la casa, pero pronto la había recorrido entera y Sophia no estaba.

Alex volvió a la cocina y buscó una nota o algo. Al no encontrar nada, sintió miedo. ¿Habría pasado por alto algún detalle? ¿Sería que Sophia no era feliz en su matrimonio?

Alex se pasó los dedos por el pelo. Estaba exagerando. Seguramente, Sophia habría salido a comprar algo o…

De repente, vio que había un mensaje en el contestador. Se acercó y apretó el botón esperando oír la voz de su esposa.

«Alteza, son las once. Su barco está terminado. Kip lo ha limpiado y yo personalmente me he encargado de llenarlo de provisiones para su viaje», dijo una voz masculina.

La máquina emitió un pitido. No había más mensajes.

Alex sintió que la furia se apoderaba de él.

«Para su viaje».

El pasado lo alcanzó con una fuerza destructora y recordó el día, en Escocia, en el que había vuelto a casa y Patrice se había ido sin dejar ni siquiera una nota.

Exactamente igual que en aquel momento.

Alex apretó los puños. ¿Cómo había sido tan tonto como para creerse que Sophia lo amaba?

Humillado, se dijo que había vuelto a perder el control.

¡Pero no estaba dispuesto a perder a su hijo! Aquel hijo era el heredero al trono de Llandaron y debía vivir con él.

Alex golpeó la encimera con el puño y maldijo en voz alta.

—¿Alex?

Alex se giró y se encontró con su hermano Maxim. El emisario que llegaba con las malas noticias, claro. Por lo menos, Patrice había tenido la delicadeza de mandar a un cura y no a un miembro de su familia.

—¿Qué quieres?

—Llevo un buen rato llamando a la puerta —contestó su hermano dubitativo.

—Pues haber entrado sin llamar.

—Mira, Alex, tengo que decirte una cosa. Te iba a llamar por teléfono, pero he preferido venir en persona porque… —dijo Maxim mirándolo preocupado—. Pareces enfadado.

—¿Sabes dónde está Sophia? —le espetó Alex a su hermano pequeño.

—Fran vino hoy a verla, pero cuando entró… —¡Lo sabía!—

gritó Alex. —¿Qué sabías?

—Se ha ido. —¿Qué dices?

—Se ha ido. ¿No es eso lo que has venido a decirme?

Alex, me parece que deberías sentarte.

—No quiero sentarme —dijo Alex apretando los dientes—. Dime qué demonios está pasando aquí Alex, Sophia está en el hospital.

Capítulo 12

Ranen se echó hacia delante en la silla que había junto a la cama.

—¿Qué tal estás?

—Mucho mejor. Ya no me duele -contestó Sophia. —¿Quién me iba a decir a mí que los ligamentos dolían tanto? ¿Sabes que me has preguntado quince veces cómo estoy en la última media hora?— añadió incorporándose y sonriendo a su tío abuelo.

—Simplemente, me intereso por los míos —contestó Ranen.

—Con que ahora soy uno de los tuyos, ¿eh? —Siempre lo has sido—. Ranen…

—Bueno, reconozco que cuando nos conocimos no me comporté bien, pero he mejorado desde entonces, ¿no?

—Desde luego —contestó Sophia.

—Mi hermano y yo no nos llevábamos bien porque éramos los dos demasiado orgullosos, pero he decidido cambiar. —¿Qué pasó entre vosotros? Ranen se puso en pie.

—Robbie vivió en Baratin hasta los trece años, con nuestra madre y conmigo. No es que fuéramos muy felices, ¿sabes? Nuestro padre había muerto hacía dos años y no nos separábamos de nuestra madre ni a sol ni a sombra —le explicó Ranen yendo hacia la ventana—. Lo malo era que ella no se ocupaba de nosotros. Después de la muerte de nuestro padre, jamás volvió a ser la misma. Mi hermano y yo intentábamos reclamar su atención, pero nada funcionaba. Nada hasta que…

Sophia no le quería agobiar, pero presintió, que a Ranen le haría

bien contar aquello que llevaba dentro desde hacía tantísimo tiempo.

—¿Qué ocurrió, Ranen?

—Es una historia con final triste, Sophia.

—Por favor.

—Robbie tuvo una idea. Me dijo que debíamos perdernos para que nuestra madre se preocupara y saliera a buscarnos. Salió a buscarnos. Nos encantaba jugar en la playa y ella lo sabía. Aquella mañana, estaba lloviendo. Se resbaló y se dio en la cabeza.

—Oh, Ranen…

—Mi tía, que vivía en Estados Unidos, vino a buscarnos, pero yo me negué a ir con ellos. No quería irme de Llandaron y le supliqué a mi hermano que no se fuera, pero él me dijo que no podía quedarse después de lo sucedido…

—Tú lo culpas…

—Lo culpaba de la muerte de nuestra madre —admitió Ranen con tristeza—. Y lo odiaba por haberme abandonado.

Sophia tragó saliva e intentó controlar las lágrimas.

—Lo siento mucho, Ranen —dijo Sophia entendiendo por qué su abuelo exprimía todos y cada uno de los días de su vida como si fuera el último.

Por eso quería ir a Llandaron, navegar entre sus islas, pero nunca recalar en tierra firme.

—Gracias —le dijo Ranen con tristeza—. Ahora, todo ha terminado. He hecho las paces con Robbie. Ahora entiendo que los dos hicimos lo que creímos que era mejor.

—Eres un hombre sabio, Ranen. Ojalá todo el mundo pudiera olvidar el pasado tan fácilmente como tú.

—¿Lo dices por el príncipe?

Sophia asintió. Necesitaba consuelo.

—Lo amas, ¿verdad? —dijo Ranen tomándole la mano.

—Sí, con todo mi corazón. Ojalá…

—¿Él te quisiera también? —Sí— sonrió Sophia.

—Acabará haciéndolo —le aseguró Ranen—. Hay que insistir y dar tiempo al tiempo. Sophia lo miró emocionada. —El abuelo también decía eso.

Ranen se inclinó sobre ella y la besó en la frente.

—¿De quién crees que lo aprendió?

—Hola, Sophia.
—Hola, Fara.
Fara se acercó a ella y, aunque estaba al lado de Ranen, no lo miró.
—Tienes mejor aspecto, querida.
—Los médicos me han dicho que me podré ir a casa mañana.
—Ranen, cariño, deberíamos dejar a Sophia que descansara.
¿Cariño? ¿Qué se había perdido?
—¿Qué os traéis vosotros dos entre manos?
—Ahora, descansa —sonrió Fara—. Ya hablaremos luego. En cuanto llegue, le diremos a Alex que pase a verte —añadió llevándose a Ranen hacia la puerta.
Sophia los vio irse con una mezcla de felicidad y melancolía. Estaba encantada con que su tío abuelo hubiera encontrado el valor para dejarse llevar por el amor que sentía por aquella mujer, pero aquello le hacía preguntarse si sucedería lo mismo con Alex y con ella.
¿Negarían sus sentimientos hasta que fueran ancianos o dejarían que sus sueños de amor y felicidad volaran libres en un futuro cercano?
Alex salió del ascensor con el corazón desbocado de miedo.
—Ranen, ¿cómo está? —Tranquilo, Alteza. Está bien.
—¿Bien? ¿Qué demonios significa eso? ¿Dónde está el médico?
—Está con otro paciente —contestó Ranen dándole una palmada en el hombro—. De verdad, está bien. Lo único que le ha pasado ha sido que ha sufrido un intenso dolor en los ligamentos. Por lo visto, el niño está haciendo que el útero se deforme, pero el médico ha dicho que es normal.
—Gracias a Dios —dijo Alex más tranquilo.
El trayecto hasta el hospital había sido mortal. Primero, el atasco y, luego, el móvil sin cobertura. Jamás había sentido tanto miedo.
—Quiero verla —dijo avanzando por el pasillo hacia su habitación.
Tenía muchas cosas que decirle, quería pedirle perdón y no podía esperar.
—Antes de que entres, me gustaría hablar un momento contigo —dijo Ranen.

—Ahora, no puedo —murmuró Alex—. Quiero ver a mi mujer.

—Será sólo un momento —insistió Ranen tomándolo del brazo.

—¿Me estás ocultando algo? —preguntó Alex preocupado.

—No, de verdad. Sophia y el niño están bien. No ha sido más que un pequeño susto.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—Siéntate y cállate, a ver si puedes —ladró el anciano.

Alex se quedó de piedra. Jamás nadie le hablaba así. Sólo su padre. Claro que Ranen siempre había sido como un segundo padre para él.

Alex obedeció, se sentó y esperó a que Ranen hablara.

—Si no la amas, díselo y déjala marchar —le dijo.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Lo sabes perfectamente.

—No pienso consentir que se vayan ni ella ni mi hijo —le aseguró Alex.

—Hablas como un hombre que se deja llevar por el orgullo, Alexander.

—Y tú hablas como un hombre que está intentando desempeñar el papel de abuelo.

—No lo estoy intentando, Alexander. Lo estoy haciendo.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Y desde cuándo?

—Eso da igual, pero Sophia es sangre de mi sangre y estoy dispuesto a protegerla.

—¿De quién? ¿De mí?

—Si es necesario, sí.

Ranen le puso una mano en el hombro.

—¿Quieres que Sophia viva igual que has vivido tú durante cinco años, con una persona que no la quiere?

Aquellas palabras dolieron Alex y le hicieron plantearse muchas cosas. ¿Qué quería para Sophia? Sabía lo que quería de ella, pero no se había parado a preguntarse qué quería para ella…

Ahora no quería pensar en ello porque, si lo hacía, tendría que abrirse el corazón a sí mismo y preguntarse qué era lo que él quería.

—No pienso aceptar consejos de amor de un hombre que se ha pasado décadas negando sus propios sentimientos —contestó

mirando a Ranen con los ojos entornados.

—Eso ya está arreglado —le aseguró su padrino—. Tu tía ya sabe lo que siento por ella. He decidido que no pienso dejar que el miedo gobierne mi vida.

Alex se puso en pie.

—Me alegro —dijo bruscamente mirándolo con frialdad—. ¿Me dejas pasar?

—Estúpido… cabezota… —murmuró Ranen sacudiendo la cabeza y haciéndose a un lado.

* * *

Cuando Alex entró en la habitación, Sophia estaba mirando por la ventana. Se giró hacia él y lo miró a los ojos. Al principio, pensó que estaba enfadado, pero pronto se dio cuenta de que estaba asustado.

—Sophia —dijo con dulzura.

—Me alegro mucho de que hayas venido, Alex.

Alex se sentó en el borde de la cama, la agarró la mano y se apresuró a apartarla.

—Siento mucho no haber estado contigo cuando ha sucedido.

—No pasa nada —contestó Sophia.

¿Por qué estaba tan distante y tenso? ¿Temía perder al niño? Claro, debía de ser eso. Aquel niño lo era todo para él.

—No te preocupes, el niño está bien —le aseguró.

—Lo sé y me siento muy aliviado. —Entonces, ¿por qué tienes esa cara?—. Cariño, estoy preocupado por ti.

—¿Por mí? —preguntó Sophia sorprendida—. Viniendo hacía aquí, creí que me iba a dar un infarto —confesó Alex.

—Habría sido muy gracioso estar todos en el hospital —bromeó Sophia.

—Lo digo en serio, Sophia. Me he llevado un susto de muerte.

—¿Sabes por qué, Alex?

—Por supuesto que lo sé. Te acabo de decir que estaba muy preocupado por ti…

—No —sonrió Sophia con paciencia—. ¿Por qué estabas tan preocupado?

—¡Porque te aprecio! —¿Y?

—Bueno, y porque eres la primera persona con la que he podido hablar desde hace mucho tiempo.

—¿Qué más?

Sophia estaba emocionada. Por fin, Alex le estaba abriendo su corazón.

—Eres maravillosa, inteligente y divertida. —Gracias.

Alex asintió y le tomó la mano.

—Me gusta estar contigo y no me puedo imaginar cómo serían mis días sin ti.

Sophia le apretó la mano y sonrió. —Por no hablar de las noches, ¿verdad?—. Eso no hay ni que decirlo. —Oh, Alex— rió Sophia. —¿Qué?

—¿No sabes lo que significa eso?

Alex la miró perplejo.

—Me quieres.

Alex se quedó con la boca abierta, pero a Sophia no le importó. Había recorrido un gran camino con él para llegar hasta aquel punto.

Llevaba semanas sin decirle lo que sentía por él, rezando para que él se diera cuenta de que también la amaba y, por fin, había sido así.

—No me mires así —le dijo acercándose a él—. Me quieres, príncipe Alexander y yo también te quiero.

—Sophia…

—Estamos hechos el uno para el otro, Alex. Soñabas conmigo, me viste en Escocia y aparecí en tu playa. Es el destino.

—Yo no creo en…

Sophia lo calló besándolo.

—No tengas miedo. Estamos juntos y no pienso irme a ningún sitio —susurró Sophia volviéndolo a besar—. No te voy a hacer sufrir ni te voy a humillar. No tengas miedo de quererme, Alex.

—No me da miedo quererte —le aseguró Alex—. ¿Qué?

—No me da miedo quererte, cariño. Ya no.

Ya no necesito tenerlo todo siempre bajo control porque te quiero. Te he querido desde la primera vez que te vi —le explicó Alex besándola con pasión—. Lo que ocurría era que no me lo quería admitir a mí mismo.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—Lo que me pasa, Sophia, es que me da miedo que me dejes de querer.

Sophia lo miró a los ojos completamente sorprendida.

—Alex, eso no es posible. —Todo es posible.

—Eso no —le aseguró—. Eres el amor de mi vida y quiero que lo sepas.

—Lo sé, pero el miedo me atenaza. Por eso, cuando he oído el mensaje del taller he pensado que…

—¿Te refieres al viaje? —Sí.

Sophia se rió y lo abrazó.

—El viaje es para los dos, Alex. Quiero que me acompañes a terminar el viaje que emprendí en honor mi abuelo. Había pensado que sería como una segunda luna de miel.

—O la primera —sonrió él—. Sí.

—Qué idiota he sido.

—¡Ten cuidado con lo que dices! —bromeó Sophia—. Idiota o no, estás hablando del hombre al que quiero.

Alex le besó la mano.

—¿Te quieres casar conmigo de nuevo?

—Sí —contestó Sophia.

—Solos tú y yo y nuestro hijo en la playa donde nos conocimos frente a las olas, al sol y a Dios.

Sophia se miró en los ojos de su marido y vio su futuro, claro y brillante. Era un futuro lleno de hijos sentados sobre las rodillas de las cuñadas, los cuñados, los abuelos y los tíos abuelos, un futuro con vacaciones y aniversarios de boda, cuentos, una familia y un marido que la adoraba y se lo demostraba todos los días.

—La idea de la playa me parece perfecta —sonrió Sophia—. Así, podríamos navegar luego bajo los rayos del atardecer.

—Te quiero —le dijo Alex—. Yo también te quiero.

Alex se tumbó a su lado y la abrazó con fuerza.

—No te canses de decírmelo.

—Jamás =dijo Sophia apoyando la cabeza en el hombro de su marido. —Jamás, mi amor.

Epílogo

Baratin Primavera.

En la cubierta del Daydream, de aquel barco que su querido abuelo había construido, Sophia se tocó la abultada y tripa y observó cómo su tío abuelo esperaba a que su adorada esposa subiera a bordo.

Para todos los presentes, aquello era como un cuento con final feliz, pero para Sophia significaba mucho más.

Ranen había hecho las paces con el espíritu de su hermano y, por fin, había encontrado la felicidad.

Ahora, su familia estaba completa.

Junto a ella, Alex la abrazaba y le susurraba cosas al oído.

—¿Te recuerda a algo, cariño?

Sophia sonrió.

Hacía pocos meses que Alex y ella habían renovado sus promesas en la playa, tal y como Alex quería, con la sola compañía de Dios y de su hijo que iba a hacer.

Se habían saltado la tradición y habían escrito ellos mismos las promesas que habían sellado intercambiándose las alianzas.

Al día siguiente, habían puesto rumbo a Baratin para cumplir con su promesa, acompañados por Aggie, la deliciosa perra que Ranen les había regalado por su boda.

En aquel momento, dos violinistas comenzaron a tocar la marcha nupcial y apareció Fara vestida con un impresionante traje blanco. Estaba feliz.

—Está muy enamorada —dijo Fran con su hija en brazos

mientras el rey oficiaba la ceremonia.

—Ahora, es una de nosotras —contestó Sophia.

Cathy asintió dándole un beso a su hijo en la frente.

—Parece que todas tenemos un príncipe azul, ¿verdad, chicas?

Fran, Cathy y Sophia miraron a sus respectivos maridos y sonrieron.

Cuando Ranen besó a su mujer, todas lo imitaron e hicieron lo mismo con sus cónyuges.

Y, mientras, la niebla los envolvió a todos…

FIN



La autora de Bestsellers, Laura Wright ha pasado la mayor parte de su vida sumergida en el mundo de actuar, de cantar y de baile de salón y competitivo. ¡Pero cuando comenzó a escribir, sabía que había encontrado el verdadero deseo de su corazón! (Aparte de un nuevo bebé). Junto con cuatro hermanos y muchos gatos, Laura creció en Edina, Minnesota, y aunque encontró aventuras en localidades como Nueva York, Ohio, Milwaukee y San Diego, ella finalmente encontró su «norte verdadero» en Los Ángeles con su marido, actor de teatro. Laura cree sinceramente en la familia, los amigos del corazón y la energía curativa del amor, y espera que ella en sus libros refleje esos valores.